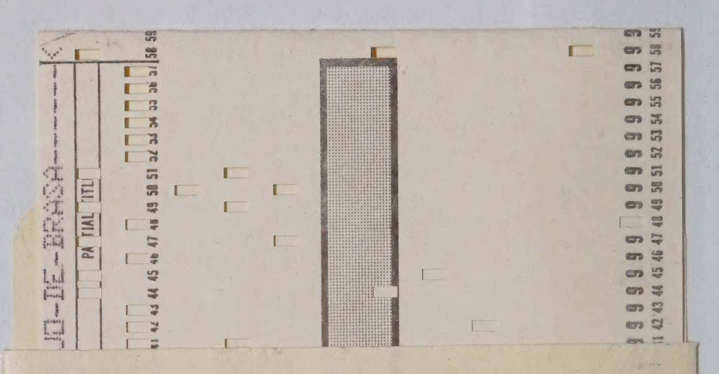


THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA



ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ 6601
.R 37
O 5

This book is due at the LOUIS R. WILSON LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.
NOV 3 1978	NOV 6 '78		
DEC 8 1978	DEC 8 '78		
FEB 16 1979	FEB 3 '79		
MAR 15 1979	MAR 28 '79		
OCT 2 1979	JUN 8 '79		
SEP 30 1981	OCT 9 '8		
JAN 23 1983	DEC 23 '82		
JUN 23 1983			
	MAR 14 '83		

Form No. 513

RC
C.
Geo R Nichols
Tucson
Feb. 5, 1930.
PQ6601
.R37
O5

OJO DE BRASA

(El Evangelio de un loco)

ES PROPIEDAD

OBRAS DE JOAQUÍN ARDERÍUS

MIS MENDIGOS
ASÍ ME FECUNDÓ ZARATUSTRA
YO Y TRES MUJERES
OJO DE BRASA

PRÓXIMO A PUBLICARSE

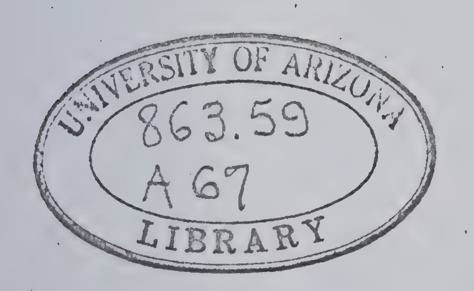
LA DUQUESA DE NIT

OJO DE BRASA

EL EVANGELIO DE UN LOCO

NOVELA POR JOAQUÍN ARDERÍUS

IMP. J. TORREGROSA, PRIMAVERA, 8 Y 10
MADRID 1925


UNIVERSITY OF ARIZONA
863.59
A67
LIBRARY

PRIMERA PARTE

84809

1 Oí pisadas en el pasillo. Fuíme a acechar a la puerta. Sentí que dijo mi padre muy quedo:

—Le va a observar un alienista.

— Pero es que creéis... — agregó una voz anónima.

Un siseo indicador de silencio suspendió el diálogo. Después, los pasos de los interlocutores se alejaron hasta extinguirse por completo.

* * *

2 Yo me encontraba en mi alcoba cuando escuché la conversación de mi padre y su acompañante.

Era en una mañana de junio espléndida y calurosa.

La ventana estaba abierta de par en par. Internábanse por ella una gavilla de rayos solares caliginosos y trinos penetrantes de aves. Del huerto subía un aroma fuerte de jazmines y de magnolias.

Transcurrieron unos diez minutos. Sonó el choque de la portezuela de un vehículo al ser cerrada. Simultáneamente percibí la arrancada de un caballo al trote.

Al ruído me asomé a la ventana. Vi desaparecer un coche por la avenida de los pinos seculares.

* * *

3 Mi padre tardó poco tiempo, tras la salida del coche, en entrar a visitarme.

—¿Por qué no bajas un rato a la cuadra a ver los caballos?

—No tengo gana, padre.

—La *Atalanta* siempre está relinchando. Y es que te llama, hijo mío. ¡Te echa de menos! Desea tus caricias.

—¡La *Atalanta!*

—¿Quieres que te la ensillen esta tarde?

—No.

—Si salieras montado en ella ca-

zarías mucho. Me ha dicho Pedro el de *Los Llanos rojos,* que se levantan a centenares las liebres.

—Que disfruten. Que vivan. Que coman lo que quieran en la viña.

—¡Lo que has cambiado, Ambrosio! ¡No gustarte ya ver a *Hípomenes* morder en el lomo a las liebres!

—*¡Hípomenes!...* ¿Quién es *Hípomenes?...* Ya no me acordaba de *Hípomenes.* Parece que lo estoy viendo tenderse por los llanos, como inspirado por *Venus.* ¡Oh, cuando trompeaba las liebres, dejándolas otra vez libres en el suelo, corladas por el sol, semejantes a las manzanas seductoras del jardín de las *Hespérides!* ¡Y me sentía yo seducido por él como si en mí hubiese ardido el ánima de *Atalanta.*

—Córrelas esta tarde.

—No.

—Haz un esfuerzo.

—¡No!

—¡Hasta tus perros dá pena mirarlos!

—¡Son animales! ¿Y también sufren?...

—¡Si los vieras! Parecen criaturas humanas llorando la ausencia de un ser querido.

—¿Gimen porque les dá lástima de mí, por creer que he muerto, o por ellos que anhelan seguirme hasta la muerte?

—¡No empieces, Ambrosio!

Llegó hasta nosotros un lejano gañido.

—¡Ese es *Hipomenes!* Que lo suelten y que venga aquí.

Mi padre, satisfecho, salió ligero. Volvió al rato con el perro.

—¡Aquí lo tienes!—le dijo señalando con un dedo a donde yo estaba sentado.

* * *

4 Entró el perro, veloz, parándose repentino en el centro de la estancia, semejante a una cosa inanimada que las manos de mi padre hubiesen impelido para estrellarla contra el piso. Después, como si la inercia se hubiese fraccionado en pedazos de movimiento, sacudió las orejas, miró los muebles, levantó la cabeza al techo, arqueó el espinazo y, por últi-

mo, extendió los brazos acostando sobre ellos su barba, con las piernas erguidas formando con el cuerpo declive. Saltó y quedaron sus uñas encima de mis hombros, lamiéndome la cara al par que ladraba nervioso.

—¡Cuánta alegría, *Hípomenes!*

Al sentir mi palabra tembló calenturiento y, agitando toda su piel blanca, semejó un girón de sudario estremecido por una gusanera.

—¡Aparta y no me lamas tanto! Siéntate aquí.

Lo agarré por el collar y le hice sentarse junto a mis pies.

Se quedó latiéndole los ijares y caldeando baboso.

—¡Cómo le brillan los ojos! Seguramente, Ambrosio, un hombre a quien le hubieses hecho muchos fa-

vores, no experimentaría tanto placer al verte.

—Yo tengo comparados los perros a los hombres, padre. ¡Ambos tienen mucha semejanza! Fíjate en *Hipomenes*. ¿No es idéntico, en estos instantes, a uno de tantos hombres de esos que andan por la tierra adulando a otros para arrancarles dádivas o favores?

—Distrae tu cerebro, Ambrosio. ¡No pienses!

—«No pienses». Coge, desde el sitio en que estás, sin moverte, estirando tu brazo todo lo que te haga falta, aquella magnolia que comienza a abrir en el huerto. Pónsela después a *Hipomenes* en el hocico para que la transforme con su vaho en una liebre. Dejémosles a los dos jugar

como dos animales de la misma especie hasta que la liebre le diga al galgo el secreto de la *calipedia.* Y esperemos a que resalte escrito en letras blancas, en el lomo albo de *Hípomenes*. ¡Y tú léelo, padre, y apréndelo bien, para que procrees beldades espirituales!

—¡No desvaríes!

—¡Ay, padre! Más pruebas das tú de vesánico, suplicándome que no piense, que yo con pretender de ti lo que te he dicho. Porque te pido que dilates la materia de un brazo, crees que estoy demente y no te fijas en ti, que me ordenas que encoja mi cerebro.

—Me entristece conversar contigo.

—En eso, tú que eres hombre, no te pareces a *Hípomenes*. Míralo

qué contento está. Desea hablar conmigo y agradarme. Sí, padre, sí, ahora no hay diferencia de este perro a un hombre, exceptuando a ti. ¿Quieres verlo? Parece que haces un gesto extraño. Haz que suba el perrero y advertirás como sus pupilas destellan con el mísmo fulgor que las del galgo. Se esforzará tambíén como *Hípomenes* en serme grato. Sólo variará en ellos la estructura de sus cuerpos. Que deberá aún ser superior, para muchos, la del perro, porque no necesita ni mesas, ni cubiertos, ni sillas, ni zapatos, ni trajes, ni guantes, ni alhajas, ni perfumes, ni tampoco dinero. No se emborracha, no fuma... Si todas estas cosas que termino de mencionarte se las presentas a *Hípomenes*, después de oler-

las, las despreciará desdeñoso. ¡Es menos frívolo que el hombre vulgar! Se parece más a los filósofos, a los estoicos, a los sabios, a los hombres de ciencia. Pero superior, porque es mucho más austero que ellos. No me mires con lástima, padre, por mi manera de discurrir. ¿No es exacto que a los hombres, a medida que desdeñan las bagatelas de la vida, se les considera como de condición espiritual más excelente?

—¡Pero los hombres piensan, Ambrosio!

—¡Oh, padre! «Pero los hombres piensan, Ambrosio», acabas de decirme. ¿Y por qué, ha rato, me suplicabas que no pensara? ¡Ay, padre, cuán malo eres para mí! ¡Quieres que me convierta en perro!

—¡Ambrosio, hijo mío!

—Mas... ¿Quién nos ha dicho que los perros no piensan? ¿Quién sabe lo que se agita dentro de la cabeza de *Hípomenes?* ¡Quizás domine la *pansofía!* ¡Oh, si pudiera comunicarme con él, y me demostrara que aventaja en ingenio a mi *Luciano de Somosato!* ¿Y por qué no? ¡Abre la puerta, padre, y échalo. No quiero verlo, tengo la seguridad de que llegará un momento en que filosofe como el publicista griego, en la persona de *Micilo* el zapatero, conversando con *Cloto* en *La Travesía,* refiriéndose al tirano *Megapentes* y me pondrá en ridículo con una ideología parecida a esta.

* * *

5 Cogí de la mesa un volumen de obras del escritor griego y después de buscar la página que yo deseaba, le dije a mi padre:

—Escucha, padre:—*Micilo: Creo, además, que aquí, en el infierno, ni los acreedores le reclaman el pago ni el fisco sus tributos, y lo que es mejor, aquí no hay frío en invierno, ni enfermedades, ni golpes de los poderosos. Paz en todo, y todo al revés: Porque aquí, nosotros los pobres reímos y los ricos lloran y se afligen. —Cloto: En efecto, Micilo, hace rato que he visto que te reías. ¿Cuál cosa*

te regocija más?—Micilo: Oye, la más venerable de las diosas. En el mundo era yo vecino de ese tirano, y perfectamente enterado de lo que hacía, me parecía igual a los dioses; su delicada púrpura, su numerosa servidumbre, su oro, sus copas cuajadas de pedrería, sus lechos con pies de plata, me lo proclamaban dichoso; el olor de los platos preparados para sus banquetes, me mataba; en fin, cuando endiosado por su fortuna, le veía andar con majestad, alta la cabeza, inspirando temor a cuantos le encontraban, lo tomaba por un ser sobrehumano, triplemente feliz, y, por lo menos, un codo regio más alto y más hermoso que los demás. Murió, y despojado de su fausto, me parecía completamente ridículo; pero

aún me causa más risa mi estúpida admiración a esa inmundicia, cuya felicidad graduaba yo por el olor de su cocina y por la sangre del marisco que se cría en el mar de Laconia. Aquí sigue un párrafo que alude al usurero *Grifón*, que no te lo leo porque no importa a mi intención. —*Micilo: Mas ¿por qué no partimos? En la travesía podremos continuar riéndonos de verlos llorar.—Cloto: Sube, para que leve ancla el barquero.—Carón: ¡Eh, tú! ¿A dónde vas? la barca está ya llena, quédate hoy ahí; mañana temprano te pasaremos.—Micilo: Será una injusticia si me dejas, siendo muerto de la víspera. Créeme, Carón, te acusaré ante Radamento por infracción de ley. ¡Pobre de mí! ¡Ya navegan y yo me*

quedo aquí solo! ¿Y por qué no he de ir a nado tràs ellos? No temo perder las fuerzas y ahogarme, puesto que ya he muerto. Además ni un óbolo tengo para el pasaje.—Cloto: ¿Qué es eso? Espera, Micilo: no se permite pasar así.—Micilo: Acaso llegue antes que vosotros.—Cloto: De ninguna manera. Acerquémonos para recogerlo. Tú, Mercurio, agárrale la mano y éntralo.—Carón: ¿Y dónde ha de sentarse? Todo está ocupado, como ves.—Mercurio: En los hombros del tirano, si os parece bien.—Cloto: Admirable idea, Mercurio.—Carón: Sube, pues, y pisotea la cerviz del impío, y vosotros, ¡buen viaje!—Cinisco: Carón, lo mejor será decirte la verdad. Yo no tengo un óbolo para pagar el viaje: ni cosa

alguna, fuera de la alforja que ves y este garrote. Si quieres que desagüe la sentina o que reme, estoy dispuesto. No tendrás motivo de queja, con tal que me dés un remo cómodo y fuerte.—Carón: Rema, pues, y me daré por satisfecho.—Cinisco: ¿No convendrá cantar algo para la maniobra?—Carón: Sí, por Júpiter, si sabes alguna canción marinera.—Cinisco: Sé muchas. Pero escucha, nos hacen coro con lamentos: ese ruido trastornará nuestro canto.—Un Muerto: ¡Ay, riquezas mías!—Otro: ¡Ay, campos míos!—Otro: ¡Ay, ay, la casa que perdí!—Otro: ¡Cuántos talentos he dejado a mi heredero, —estos muertos se me representan tú, padre— *que los derrochará!—Otro: ¡Ay, tiernos hijos míos!*—Esta

se me representa la madre.—*Otro: ¿Quién vendimiará las viñas que planté el año pasado?*—Así hablará Cándido, el de *Los Llanos rojos.—Mercurio: ¿Tú no lamentas nada, Micilo? Te advierto que no es permitido pasar a quien no llore.*—Aquí vuelve otra vez el perro.—*Micilo: ¡Quita de ahí! ¿Por qué he de llorar en tan buen viaje?—Mercurio: Llora un poco, sin embargo, para cumplir la costumbre.—Micilo: Lloraré por obedecerte, Mercurio. ¡Ay, cueros míos! ¡Ay, viejos borceguíes! ¡Ay, zapatos podridos! ¡Ahora, desdichado, no estaré sin comer desde la mañana hasta la noche*—esto no lo podrás tu decir, *Hípomenes,* porque tú, sí comes. Esto que sigue, sí;—*ni andaré en invierno descalzo y desnu-*

do y castañeteando los dientes de frío! ¿quién poseerá mi lezna y mi tranchete?—Tú, *Hipomenes*, en vez de eso último, podrás decir: «¿Quién poseerá mis brazos y mis piernas musculosas con los que divertía a mi señor?» Aquí, padre, siguen charlando *Mercurio, Carón, Micilo, Cloto, Cinisco, Tisifone, y Radamento*, que paso por alto para acudir a lo más esencial.—*Cinisco: Deseo vivamente acusar a un hombre, cuyos crímenes en la vida conozco y yo no merecería...*—No, esto tampoco, no es esto lo que busco.—*Nadie se acerca.* —No, tampoco. Ya está aquí.—*Radamento: Pero eso no basta, Cinisco, Desnúdate, para que examine tus manchas.—Cinisco: ¿Qué manchas puedo tener yo?—Radamento: Cada*

acción mala que cometéis en la vida imprime una mancha invisible en vuestras almas.—Cinisco: Ya estoy desnudo: busca las manchas que dices. —Radamento: Fuera de tres o cuatro manchas muy desvanecidas y apenas perceptibles, este hombre se halla libre como nadie. Pero, ¿qué es esto? Tiene señales y huellas de quemaduras borradas o extirpadas no sé como. ¿Qué es esto, Cinisco? ¿Cómo has podido purificarte por completo?—Cinisco: Te lo diré: Hubo un tiempo en que falto de instrucción,—así pudiera hablar el perrero refiriendose a su necia misión de criado leal—*fuí malo y me llené de manchas; pero cuando empecé a filosofar,*—aquí entra cuando ya se ha despabilado después de venir

de la sierra y sisa cuanto puede de las comidas y *atrezzos* de los perros *—logré limpiarme poco a poco de todas. Tal ha sido mi eficaz y excelente remedio.—Radamento: Irás a las islas de los bienaventurados, a reunirte a los hombres de bien, en cuanto acuses al tirano que has dicho. Llama a otro.*—Aquí otra vez el perro.*—Micilo: Mi causa es corta, Radamento, y bastará un breve examen. Estoy desnudo hace rato: regístrame ya.—Radamento: ¿Quién eres? —Micilo: El zapatero Micilo.*—Tú dirás: El perro *Hípomenes.—Radamento: Muy bien, Micilo: estás limpio y sin mancha; ve al lado de Cinisco. Llama ya al tirano.—Mercurio: Megapentes, hijo de la Cides, acércate.* —En vez de eso dirá: Ambrosio, hijo

del conde... acércate.—*¿A dónde vas? Ven acá. A ti te llamo, tirano. Tisifone, cógelo por el cuello y llévalo al Tribunal.—Radamento: Acusa y prueba, Cinisco: el reo ha comparecido.—Cinisco: No hay en cierto modo necesidad de hablar, porque sus manchas te darán a entender lo que es;*—¡qué *Cinisco* éste, a quien he comparado con el perrero, que resulta que es el verdadero acusador del tirano! ¡Oh, *Hípomenes,* tú resultas un pequeño delator del monstruo! Tú nada más haces que burlarte de él;—*sin embargo, lo desenmascararé y pondré en claro sus actos. En el colmo de la riqueza, no hubo disolución a 'que no se entregase. Violó doncellas, corrompió mancebos y se produjo, para con los súbditos, como*

borracho furioso. No hallarás penas bastantes para su soberbia, para su fausto, para el desprecio con que cogía a cuantos se le acercaban: más fácil era mirar de hito en hito al sol, que de frente a ese tirano. No se crea infundada mi acusación: si se quieren pruebas, cítese a los que han muerto. Mirar cómo, sin ser llamados, acuden y le cercan y estrangulan. Todos esos, Radamento, fueron víctimas del infame: unos, por las bellezas de sus mujeres;—¡Oh, no, a éste no le parezco yo! Contigo, padre, sí que tiene analogía.

—¡Ambrosio!—gritó mi padre colérico.

—No te irrites;—*otros, por no tolerar infamias contra sus hijos; éstos, por ser ricos; aquéllos, por ser honra-*

dos, prudentes, incapaces de gozar con lo que sucedía.—Como te has puesto colérico, padre, no quiero yo colocar al margen de estas palabras otras mías, en el caso de que a ti te juzgaran. De mí ya dejaré grabado en la vida mis acusaciones.—*Radamento: ¿Qué respondes, malvado?—Megapentes: Los adulterios, las corrupciones de mancebos, las violaciones de doncellas, en todo eso, digo, ha mentido el acusador.—Cinisco: Presentaré testigos, Radamento.—Radamento: ¿Cuáles? — Cinisco: Llame Mercurio a la Lámpara y al Lecho de este hombre: ellos testificarán de los hechos que conocen.*—¡Oh, padre, que las luces de la alcoba y las camas también declaran en el juicio final! Noto que te inquietas en extremo.

—¡Ambrosio! ¡Eres procaz!

—*Mercurio: Lecho y Lámpara de Megapentes, compareced. Está bien: Han obedecido.—Radamento: Decid a Megapentes lo que sepáis. Lecho, habla tú primero.—El Lecho: Todo lo que ha dicho Cinisco es verdad. El pudor soberano, Radamento, me impide referir lo que sobre mí ha hecho.—Radamento: Aunque no te atreves a decir más, tu testimonio es claro. Habla tú también, Lámpara. —La Lámpara: No sé lo que hacía de día, porque no estaba presente; y lo que hacía de noche me dá vergüenza decirlo. He visto muchísimas infamias, que exceden a cuantas pueden cometerse. A veces me apresuraba a beberme el aceite, deseando apagarme; pero él me hacía presen-*

ciar sus abominaciones, y profanaba mi luz de mil maneras.—¿Qué haría este tirano? ¡Generaba criaturas... como tú, que es la infamia mayor!

—¡Cierra el libro!

—Te voy a obedecer enseguida. Pero antes atiende unas cuantas líneas. Estas no van contra ti.—*Radamento: Basta de testigos. Desnúdate de la púrpura y veamos el número de manchas. ¡Horror! está lívido, marcado de pies a cabeza, y casi azul a puras manchas. ¿Qué castigo imponerle? ¿Lo arrojamos al Periflegetón o lo entregamos a Cerbero?—Cinisco: Nada de eso. Si quieres, yo propondré un suplicio nuevo y digno de sus crímenes.—Radamento: Habla; te lo agradeceré mucho.—Cinisco: ¿No es costumbre que todos los*

difuntos beban el agua del Leteo?— Radamento: Es verdad. — Cinisco: Sea ese el único que no la beba.— Radamento: ¿Para qué? — Cinisco: Acordándose de su poder en el mundo, y de los placeres perdidos, sufrirá penas terribles.—Radamento: Excelente idea. Se le condena a ese castigo. Encadénesele junto a Tántalo, acuérdese de lo que hizo en vida.

*
* *

6 Cerré el libro, sin proferir una sola palabra de comentario, para no exacerbar más la cólera de mi padre, que por grados íbase acentuando.

Después de dejar el volumen en su sitio, me quedé contemplando al perro:

—¡Oh, *Hípomenes,* no me engañas! Es falso tu cariño. Ya te veo en presencia de *Radamento* y de *Mercurio,* lo mismo que a *Micilo* al lado del perrero que encarnará la figura de *Cinisco,* despojándote de tu piel blanca para que te examinen las manchas de tus culpas. ¿No es eso? ¡Cómo trata de disimular y qué grave se pone! Pero supongamos, *Hípomenes,* que yo fuese difunto antes que vosotros. Entonces no os podríais burlar de mí en el Infierno. ¿Si yo, por ejemplo, estuviese picado de gálico y creyendo en tu cariño cordial me encerrara aquí, en esta alcoba, solo contigo, para que me acariciases con

tu lengua mis úlceras y me sorprendiera la muerte, llorarías, te quedarías encima de mí abatido, hasta purificarte de tristeza, por la falta de tu compañero, lo mismo que todo cuerpo mortal deja de vivir si se le extrae el corazón? Contesta. ¡No puede dominarse y se lame el inmundo! El olor de mi cuerpo corrompido, ya indefenso y estéril para prodigarle regalos, le sorpende el olfato. ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Huye de mi presencia! ¡Corre a las alcantarillas o al muelle, a comer desperdicios de los marineros! ¡Ah! ¡Adivino lo que harías con esta materia que tanto respetas, que tanto obedeces, que tanto besas! Cierro los ojos y veo la alcoba dejada a media luz por mi mano temblona, para no molestar mi vista cansina,

y a mí sentado en la butaca con las piernas desnudas, purulentas. «Lámeme aquí, que me pica», te diría señalando a una llaga. Tú, solícito, obedecerías. Entre tanto, con mi dolor mitigado por tu lengua, yo moriría pensando: «Junto a su hocico tiene su manjar más sabroso, que es la carroña. Camina su boca encima de mi carne, cual una esponja sobre un mar del que, por amor, no absorbiera ni una lágrima, a pesar de hallarse bajo el fuego del sol estival en el cenit, reseca y sedienta. Sus dientes, que tienen fuerza para triturar los huesos, permanecen quietos, sin clavarse en mi carne casi líquida. ¡Cuánto amor, *Hípomenes!*» Y alabando tu abnegación me quedaría exánime. Tú, lamiendo, lamiendo, ¡siempre la-

miendo las fístulas! que, de hirvientes por la fiebre agónica, se entibiarían por grados hasta quedar frías. El silencio mas profundo dominaría en esta hora. Súbitamente, de una habitación remota, un reloj dejaría llegar, débil, una campanada. Tú, al oirla, suspenderías los lametazos quedándote alerta. Como una repercusión de ese son, el zumbido de una moscarda brotaría unísono. Diríase que era la ninfa *Eco* metamorfoseada en cuervo de alcoba, por arte de magia. Posaríase la moscarda en mis labios salivosos. Tú, después de permanecer varios minutos contemplando a la moscarda, que codiciosa libaría ebria en la secreción postrera de mi boca, semejante a un cordero negro abuzado en un manan-

tial de agua reflejando los rayos de un sol postrero, tornarías a curarme las úlceras. Un minuto, tal vez dos. Hasta tres o cuatro. Pero no más de seis transcurrirían para que metieras tu lengua con más ahinco, sacando pegado a ella un cuajón de pus. ¿Te acuerdas, *Hípomenes,* de una mañana de agosto, que al comienzo de perseguir una liebre te clavaste en una mano una pincha de cardo y te fué imposible continuar la carrera y abandonastes la pieza? ¿Recuerdas que, con el brazo encogido, avanzando en tres remos, te acercastes a mí gimiendo, que ya parado te aguardaba sin hacer caso de la liebre ni de los otros perros, que entraron perdiéndose en el verdor del viñedo? Haciendo un esfuerzo te encabri-

taste. Tu hocico chocó con el morro espumoso de *Atalanta.* Yo me apeé y, después de reconocerte el daño, andando, con las bridas en la mano, de espaldas a la cara de la jaca, os guié a los dos al soto de *Robles del majar de Cantamilanos. Atalanta,* apenas quedó amarrada a unos renuevos que brotaban frondosos por la cepa de un roble inmenso, púsose a morder flores de mielga. Yo, que me había sentado en un tocón, en el sitio más umbroso, con tus manos sobre mis rodillas, luchaba por sacarte la pincha. ¿Recuerdas que, cuando agucé toda mi habilidad al calor del aliento que tus narices palpitantes exhalaban junto a mis uñas, ungiendo a mis nervios de la virtud penetrante, cuando te despojé de la pincha,

abristes la boca e introducucistes entre tus dientes mi mano curativa quedándote en un ademán rendido, lacio, con las pupilas de tus ojos resaltando como dos broches preciosos y que en sus destellos yo creí descifrar este pensamiento: «¡Si me fuera posible convertirme en una hembra humana!», de repente brincaste quedándote en guardia mirando hacia el pago? ¿No reproduces en tu imaginación la mueca de aquel hombre anciano con caracteres de mendigo, oculto, agazapado junto a un cepo, al morder ávido el racimo de uvas que tenía en sus garras? Pues con el mismo gesto aquel de fiera recelosa, arañarías mi cuerpo, dándome con tus dientes tarascadas en la carne, hasta preñar tu panza, hinchándote

borracho, tendiéndote en ese suelo, dormitando con tus ojos legañosos besados por la moscarda.

* * *

7 Después de una pausa, en la que estuve con la mirada fija en el cuadro de luz que pintaba el sol en el suelo, grité:

—¡Padre! abre la puerta que salga *Hipomenes*. Echa de la casa a todos los perros. ¡No dejes ni uno! ¡Con ellos, arroja también a todos los criados! ¡Oh, padre! los unos y los otros son para sus señores lo mismo que las liendres para los miseriosos, que se incuban en ellos, produciéndoles

un picor fascinante, pero después los empiojan hasta que los devoran, transformando toda la carne humana en mundo de piojos. ¡Expulsa, aún, primero, a los sirvientes! No quiero ser dueño ni amigo de perros ni de hombres. ¡Qué desprecio tan grande siento por ellos! No quiero verlos y menos tener afectos ni dominio sobre ellos. ¡Ay, cuando se revuelven y pueden echarse envidiosos encima de aquel que han soportado sobre sus hombros! Pienso lo que haría de mí el perrero, si se tropezara conmigo, tocado yo del gálico de la ruina, por el mundo. ¡Sería más voraz que tú, *Hípomenes!* ¿Por qué los perros y los hombres serán tan innobles? ¿Pcr qué, con los mismos ojos pueden mirar a uno,

a veces con agrado, a veces vengativos? ¿Por qué, con la misma lengua lamen a un hombre en ocasiones y otras le muerden voraces? ¿Por qué, con las mismas manos sirven aduladores y dan garfadas feroces? ¡Oh, padre, son el manantial de la vileza! Un cuervo es más estable en su condición: ¡es como es! Los cuervos huyen del hombre vivo y siempre los atrae la carroña. Son saprófagos. Habitan en el campo. Anidan en las rocas. No cantan ni hablan nunca: crascitan. Son eternamente negros. Su camino es el aire. No andan por los mares. Se muestran a todas horas como son. No fingen. Lo mismo le acontece al aguila, al lobo, al tigre y a todas las vidas silvestres. ¡El ruiseñor no sabe más que

sus trinos! ¿Quién le habrá oído balar en la selva, para sorprender con falacia al caminante? Y las plantas y los arbustos de la tierra, padre, también son icásticos. Un almendro, por ejemplo, en el otoño se nos presenta afelio. Al comenzar a morir el invierno ya campea, sobre las laderas, florido. Cuando acuden a ellos las abejas, no les muerden con sus pétalos, no les envenenan con su jugo, no les devoran para vigorizar su savia, burlándolas alevosamente con el reclamo del néctar que les dieron en años pretéritos. Después, si el viento de poniente lo bate, en la primavera la aterciopelada alloza guarda fiel a la pepita, confundiéndose en las ramas con las hojas, semejantes a corazones de esperanza.

¡Oh, si nuestros corazones encerraran en ellos tan sincero, tan blanco y tan puro tesoro en lugar de sangre febril! ¡Ay, padre! entonces, en vez de agusanarse en la humedad de la tierra, brillarían al sol como las almendras sazonadas que parecen palacras.

* * *

8 —El sudor te corre copioso por el rostro, Ambrosio. Las mejillas las tienes enfoscadas. ¿Quíeres que entorne la ventana y reposes?

—Déjame solo, sí, pero no cierres.

—Te asfixiarás. Es imposible permanecer por más tiempo aquí.

—¿Por qué huir del sol? ¿No es él quien fecundiza la tierra? La sombra es la que enmohece, la que mata. Mas... tienes razón, padre. El sol del estío suele herir de muerte. He aquí una paradoja de la naturaleza: el sol esparce sus rayos por la tierra semejante a un macho cuando besa a la hembra y la preña en la cópula. Por virtud de su vaho pare la tierra todas las cosas: las plantas, los animales, los hombres. Y, sin embargo, en el verano intensifica su calor en fuego, arde de coraje y como un artífice que le repugnara su obra, aniquila loco, cubriendo el haz de la tierra de cadáveres: seca los sembrados y las hierbas, agosta los frutos, congestiona las cabezas vitales y en fin, padre, su afán es el de reducir

los cuerpos a esqueletos. Diríase que genera para después beberse la sangre de sus hijos. Lo mismo, padre, que si tú ahora te chuparas la mía y me dejaras en la osamenta limpia.

—¡No puedo oirte! ¡Ya empiezas como la otra noche en el invernáculo!

—Vosotros, los padres, no sois discípulos del sol. No lo imitáis.

—Como el sol somos los padres, Ambrosio. El sol engendra, pero no mata: ¡purifica! ¿Qué si no, después de daros la vida, hacemos los padres, que guiaros al bien procurando extirparos lo malo?

—En verdad, padre, que ahora mismo el sol se me antoja una escoba que barre sobre la faz de la tierra las inmundicias, arrastándolas en montoncito de cisco al paladín de la

Nada. Pero las impurezas que está calcinando, también él las ha hecho. ¿Por qué las ha hecho si son malas? De todos modos, padre, es filicida. Sé tú como el sol, pues. Haz un carbón de este hediondo Ambrosio, que apesta a hombre. Y mira, padre, yo no debo ser de lo más podrido, porque en mí existe alguna partícula sana: ¡si todo yo fueran heces no habría nada en mi ser que notara su visco pestilente. Padre, yo soy algo parecido a una cloaca con narices. Imagínate, padre, la misión mía: oler con un olfato de recental la fetidez de un lobo corrompido.

—¡Vesánico!

—Tú acabas de descubrir el tubo que absorbe los gases del cieno de mi letrina.

—¡Me pondrás loco! ¡Me enardeces! ¡Me dán arrebatos de deshacerte!

—¡Oh, tú también serás filicida!

* * *

9 Mi padre, exaltado, agarrándome de un brazo y mirándome con descaro, me interrogó:

—¿Quién eres? ¿Yo sueño? No es de día. Es de noche y de noche muy negra—soltándome y apoyando sobre la rodilla el codo de uno de sus brazos y la frente en la mano, púsose a murmurar:—Mi Ambrosio no está delante de mí insultándome. Mi Ambrosio duerme tranquilo en su cama.

Yo es que desvarío. Yo es que padezco una pesadilla horrenda.

—Sí, lo que estamos representando nosotros, es un ensueño. No te contengas, que todo es ilusión y dale curso a esta quimera. Es verdad, yo no soy Ambrosio hijo del conde. Ni tú su padre. Somos los espectros de ellos, nacidos en la mente de este último mientras duerme haciendo una digestión difícil después de una orgía. Tú y yo somos dos fantasmas. También lo son ese perro, ese sol y esta alcoba. No reprimas tu ímpetu, fantasma del conde y oprime con tus manos la garganta de tu hijo, hasta dejarlo rígido, con las pupilas de los ojos escondidas tras la frente enseñando nada más que las escleróticas. ¿Qué temor tienes si esto es

una farándula del champán que te bebiste a la media noche? ¿Qué haces ya que no me ahogas? ¡Oh! todavía no has llegado a la canícula. ¿A ver? ¡Caminas por el mes de marzo!

—¡Ay! —exclamó desfallecido, abandonando el cuerpo en el asiento.

—Languideces. No importa. Es que un nublo te ha velado por unos instantes. Pero yo, como una espiga de trigo, que al llegar julio necesita calorias para rastrojearse y quedar en su esencia, reclamaré de ti, hasta encenderte, el fuego necesario para que me acendres.

—¡Para qué habrás nacido!

—De eso vamos a hablar ahora, ¿no te parece? Precisamente de mi origen puede estallar la fuerza que arranque de ti lo que apetezco. Atiéndeme.

10 Continué con esta pregunta:

—¿Qué móvil te guió para fecundarme?

—¡Siempre así! Lucho por desasirme de él pero no puedo. Me arrancaré las órbitas de los ojos y con ellas me rellenaré los oidos para no verte ni sentir tu palabra de monstruo.

—¡Ya empiezas a exhalar fuego!

—¡Qué vida!

—¡Si no tuviera mis retinas empañadas con un velo de odio hacia ti, me acercaría dándote un beso de hermano!

—¡Vuelve en ti, Ambrosio mío!

—¡De la Nada me sacaste, restitúyeme a ella!

—¡En el corazón te llevo como una úlcera!

—¡La boca del delito que te muerde, padre! No te quepa duda, padre, lo que tú sientes que te roe es la boca del delito que te muerde.

—¡Yo soy un hombre honrado; jamás he delinquido en cosa grave!

—¡Qué ciego! ¡Qué cinismo el tuyo! ¡Teniéndome delante me niegas!

—¡Tú no eres mi hijo!

—En tu casa he nacido. Si mi madre...

—¿Qué vas a decir de tu madre? ¿Crees, degenerado, que yo he supuesto infidelidad en mi acrisolada esposa?

—¡Ya estás incandescente! Si en este momento se remontaran por el espacio los hombres y, creyendo que el sol era una moneda de oro, a fuerza de lamerlo lo borraran, con tu presencia lo sustituirías y no perdería el verano su curso. ¡Qué pesadilla más trágica para la sensibilidad de un padre amantísimo!

—¡Loco! ¡Loco!

—Sí que lo soy, padre. Si mi locura es furiosa y acometo, las puertas de una jaula me esperan abiertas de par en par. Lo sé, padre. ¡Mi demencia es el fantasma de un cautivo que forcejea desesperado por su liberación! No tornes el diagnóstico. Tengo tísica el alma y necesito subirme a una cumbre nevada muy alta, muy alta, a donde las respiraciones de las

criaturas no puedan llegar. No me sumas en el valle profundo de un manicomio, no, padre, porque el pecho de tu hijo Ambrosio se deprimirá más y tras los barrotes su cara haráse una gárgola con siete chorros de sangre, ¡manando líquido copioso por los ojos, por la boca, por los oídos y las narices!

—¡Qué visionario!

—¡Y las gentes, exentas de mis ataques, me contemplarán divertidas, como cuando presencian alegres, en noche de fiesta, en el negror del espacio, una carátula de pirotecnia lucir polícroma, marcada por puntos luminosos! ¡Y qué tranquilos disfrutan el festejo delante del fuego que tanto martiriza! ¡Pero libres de peligro! ¡Si por el contrario soy incfensivo, ca-

minaré por las calles entre dos flancos de burla, coreado por una música de lástimas y risas. Y a ti, cuando vayas de paseo en tu coche, al lado de un amigo, una masa de hombres te interceptará el tránsito. «¿Qué sucede?» le interrogarás al cochero. Puestos de pie en los asientos me columbrareis en el centro de un corro de curiosos, gritándoles: «¡Ni vosotros ni yo somos hombres! Los hombres no han existido ni existen ni existirán.» Una carcajada colectiva saeteará tus oidos. Después yo proseguiré: «¿Veis? ¡Reís! ¡y los hombres no deben conocer la risa! ¡no, no somos hombres! ¡Somos androides que nos imaginamos ser hombres verdaderos! Esta ilusión proviene de un mareo producido por la espiral violenta que

forma con el viento de la Lujuria el vórtice del ciclón de la Cópula! Esta borrachera arranca náuseas viciosas en nosotros y son el preparativo de un vómito de bilis. Ya veis lo que somos: ¡las reverberaciones de androides en los charcos de bilis provocada! Corred y decirles a cada uno de vuestros originales que saquen el corazón y que como con una esponja os limpien del suelo de la Vida. ¡Corred ligeros!» Unos exclamarán: «¡Pobre loco!» Otros: «A este hombre deberían encerrarlo.» Algunos contestarían: «Sí, pero como es poderoso...» Los más: «Debe ir suelto, es idiota.» Y tú, padre, rojo de cólera, ordenarás que me suban al coche, mientras mis oyentes, aparentando disimulo y serenidad en sus rostros por tu pre-

sencia, se dispersarán volviendo la cabeza hacia nosotros. Yo, con el pie en el estribo, te preguntaré: «¿A dónde me llevas?» Tú me ordenarás en tono autoritario: «¡Sube!» Mi respuesta será: «¡No!» «¡Que subas, imbécil!» rugirás trémulo. «¡No arrees los caballos, José, que este androide está haciendo gestos delante de su espejo filial. ¿No lo sientes que, conforme va observando los trazos de su cara, los denuncia? En este momento ha terminado de describir su frente». Esas palabras las pronunciaré dirigiéndome al cochero. «¡Es mi deshonra!» proferirás a tu acompañante. «¡Atiende, José, esa es su boca!» Tú gritarás: «¡Perverso!» Yo contestaré: «¡Ese es el color de sus ojos! No sigas haciendo piruetas de-

lante del espejo. ¡No te mires más en él, porque eres muy feo! Rómpelo, o mejor, al lado del mar estamos, arrójalo en él para que se funda en la inmensa luna marina, que es el espejo que tiene Dios en la tierra. ¿Tú no has visto nunca a Dios? Pues en el mar se descubre cuando está solitario y sesgo y retrata al cielo en un crepúsculo, sin sol, sin luna, sin nubes y sin estrellas. Déjate, tú, después de lanzarme al agua, que Dios te diluya en su sangre, y cuando de nuevo te mires en mí, te encontrarás inconfinablemente bello». A remolque seré subido al coche. Una vez ya en él, tú ordenarás al criado: «A casa». Durante el camino yo iré relatándole a tu acompañante mi origen: «Caballero, yo era

una lágrima diáfana del mar. Una noche negra la reverberación de una estrella fulgorosa me cubrió. Una pareja de gaviotas, que volaba por el espacio de la Lujuria, creyendo sería un arcano el reflejo de la estrella sobre mí, oculto en un desierto de tinieblas, se caló sobre mí. Con sus picos estuvieron fluctuando en la mancha luminosa desesperándose por la esterilidad de su empeño. ¡Pero, oh, cuando quedaron vencidas con las cabezas sumergidas y las alas abiertas, presas de una calentura semejante a la que pasan en la cloquera! Fueron tan atroces sus deseos que, entablando de ellas una corriente de desmayo, me congelaron en un granizo del tamaño de sus ojos. En aquel momento el sol asomaba por

una cordillera de olas cimadas de espuma, purpurado, semejante a una balaustia singular y marchita en la cumbre de nieve de una montaña calma de laja azulina, eriazo de siempre estéril. Las aves ilusas, al notar la claridad, despertaron del marasmo. Quedaron perplejas ante el sol que, como un talasócrata irritado sobre un trono de talmo y marfil, las azotaba con las disciplinas de sus rayos. Graznaron a un tiempo, tiritaron con los picos unidos, agitando las alas en el centro de un salivajo afrodo de *Anfítrite*. Yo, entre ellas, ya solidificado, flotaba, mecido por las ondas, teñido por el granate del sol, como el grano de una granada. De súbito, quedaron inmóviles. Retrocedieron. Encontrá-

ronse separadas, frente a frente. Fijaron sus miradas en mí. El tinte encarnado que me pintaba se cambió en el grisáceo del plumaje de ellas. Se tiraron a mí, frenéticas, con los picos abiertos, dominadas por un temblor álgido. Quisieron arrebatarme del piélago. ¡Oh, no pudieron! Porque al tocarme me fuí al fondo. ¡Pero qué tercas! No se desesperaron, e inmóviles aguardaron atentas a tornar verme aparecer al ras del mar. Volvieron a abalanzarse contra el granizo mágico. Me sumergí otra vez. Así, de esa forma, ellas picándome, y yo hundiéndome, me arrumbaron hasta la playa. Allí, sí, una de ellas me apresó con su pico y de un vuelo se subió a la rama de una adelfa gigantesca que resaltaba

florida en la arena. Me dejó caer en un nido situado entre las hojas. Aquel nido era semejante a una burbuja de aire, por lo sutil y por lo transparente. Después graznó y su pareja acudió a su lado. Ambas internándose en la corola de una flor inmensa, se sepultaron en ella y desaparecieron. Al instante espejé yo el abismo bermejo que había tragado a mis progenitores. Míreme bien, señor: ¿No retrato con exactitud a esa flor de baladre?» Terminaré diciéndole, señalándote a tí. Tú y él os cruzareis una mirada de asombro. El cochero, con el rabo del ojo, clavará su atención en mí. Yo proseguiré: «Y usted no se extrañe, usted también es baladre y ese que va sentado en el pescante y todos esos

que se mueven por la calle. ¿Qué os sucede que teneis suspendida la dinámica de los sentidos por efecto de mis palabras? ¿Os despiertan pasmo? ¿Por qué? ¡Decídmelo! ¿Es que contemplais, extrañados, a un fenómeno? ¿Qué rarezas observais en mí? ¡Le abrís a mis labios un surco de risa! Jamás es un espectáculo insólito para un buitre el mirar a otro buitre. Yo os contemplo y me miro a mí mismo. Creo seamos uñas de la garra de la misma fiera: ¡de la Vida! También supongo seamos heridas hermanas, abiertas en la carne de la misma fiera por los filos punzantes de sus propias garfas. También considero seamos arácnidos gemelos productores del usagre que atormenta a la misma fiera. Pues

¿qué? ¿No descubrís en mí y en vosotros lo que termino de mencionar? ¿Para qué le marcais esa expresión al rostro? ¡Pareceis pavos alargando los cuellos al borde de un tajo, con las alas impotentes, caidas, avizorando asombrados el vacío abisal que salva un águila y que ellos no pueden surcar! ¡Oh, sí, es legítimo vuestro gesto de espanto frente a mí. Es verdad. No, no somos lo mismo: ¡somos parecidos! Entre vosotros y yo hay la semejanza que existe entre la sal y la nieve. Son lo mismo para los ojos ¡pero cuán diferentes para el paladar y el tacto! Vosotros, sí, sois aquellas flores que por primera vez, en la orilla de la Tierra, encontré, exhalando perfume nocente de envidia mutua, tachonando el árbol de la

Vida. Vosotros, sí, sois aquellas flores vanas, que sin cuajaros en fruto, caéis, por toda misión, ahornagadas de avaricia, sobre la arena rubia. Vosotros, sí, sois aquellas flores que, podridas de vicio, os amasais en estiércol para filtraros por las raíces del árbol y volver de nuevo a aparecer hechos flores pendientes del ramaje. ¡Vosotros, sí, sois flores estériles de baladre! Yo, no. Yo soy una flor exótica entre vosotros. Yo soy también una flor bermeja, pero no ardo de envidia, sino de amor. Yo soy una flor que encierro en mi cáliz el embrión de un fruto precioso. Este manjar es redondo: una esfera de aliento desprendido de labios de la Justicia. Es dorado, resplandeciente como las llamas: un nimbo de luz,

producido por un hervidero de Ascuas. Está coronado por una diadema de lenguas: una trompeta enética, infiltradora de la sinfonía de la Muerte. Está relleno de granos de brasas palpitantes de fuego entre capas de humo pajizo: larvas incandescentes, que crepitan sin sosiego por las membranas del pensamiento, para hacerse luz y disolverse eternamente en la sublime la Nada. Vosotros sois gotas de sangre, que os amasais en podre para servirle de pasto a la vil Materia. Yo soy un globo de chispas candentes que, en un arrebato de purificación, anhelo, frenético, estallar en un relámpago que ciegue los ojos de la Vida e ilumine el seno de verdad de la Nada. Yo soy una flor de granado. Miradmc bien. ¿Queréis que

os explique qué clase de sabor es el de este fruto? Aguzad el oido;» dirigiéndome a ti, padre: «Flor de baladre, la que te espejas en mí denominándome hijo, te rechazo con todo el calor que despiden mis granos de fuego. *¡Que te respete! ¡Que te ame! ¡Que te obedezca!* No puedo respetarte. No puedo amarte. No puedo obedecerte. ¿Quién eres? ¡Oh! del fondo de tu alma sube a tus ojos un reflejo de soberbia que dice: *¡Tu padre!* ¡Padre! ¡Padre! ¡Padre! ¿Y permaneces en tu asiento, tranquilo y no corres despavorido al sentir mi palabra nombrarte? ¡Te hubiera valido mejor haberte tirado del coche, para que sus ruedas te hubiesen aplastado el cráneo, antes que quedarte en mi presencia! ¿Quién

eres? *¡Tu padre! ¡tu padre!* relampaguean sin cesar tus pupilas. ¡Oh, padre! ¿Por qué eres mi padre? Yo te exijo con el derecho más legítimo, que me digas por qué me generaste. ¡Callas! Explícame el arte de engendrar hijos. ¡Mudo te quedas! Desgarra ese manto de bochorno que envuelve todo tu cuerpo y muéstrame el buríl de que te valiste para esculpirme.»

* * *

11 Mi padre ya no podía seguir oyéndome. Durante el relato que le había hecho de loco pacífico, suelto por las calles y recogido de entre la

muchedumbre para meterme en el coche, su sangre agolpósele en el rostro y parecía querer estallar. Cortándome la narración, exaltado, furioso, exclamó levantándose:

—¡Obsceno! ¡No sigas hablando porque te machacaré esa lengua soez entre tus dientes!

El calor en la estancia no era menos intenso que el de un horno. Los pájaros habían suspendido el canto. El éter veíase enturbiado por un vaho de calima. El perro dormía, fatigoso como un agonizante de asfixia.

Al ver a mi padre tan encendido de coraje, le dije:

—Ya no sé cuál es el sol verdadero, si tú, o ese que brilla en el espacio. Siento tus rayos tejerme una

túnica de tela de la Muerte, como si fueran los tentáculos de una araña devastadora y magnífica. Más ¿qué estoy diciendo? ¡Sí! Tú eres el sol real, el otro, ese que se destaca ahí arriba, el aparente, el espúreo de esta parhelia diabólica que intenta burlarse de mí. ¿Te detienes? ¿No sigues tramando el tul flagrante que aniquile esta cloaca con olfato, que tanto padece? ¡Continúa, que ya sabes que esto es una pesadilla! Date prisa en lanzarte sobre mí con tus dedos crispados y desgárrame el pecho. Que cuando el vapor de mi sangre te caliente el rostro en el ensueño y tus órbitas queden inmóviles mirando al vacío y cuando tu ser retroceda con horror, loco de espanto, ante el crimen perpetrado por

el delirio de un padre encendido a causa de la insolencia inaudita de un hijo venático, el céfiro del alba, del alba verdadera, del alba de la vida, no la del ensueño, entrará dulce y confortable por la ventana de tu alcoba y refrescándote los ojos y la frente, te despertará triste, con los párpados túmidos: «¿Dónde me encuentro?» te preguntarás con la mente buscando en tus manos las huellas de la sangre. ¡Todo habrá sido tempestad de la imaginación! Los primeros claros de la aurora inundarán la estancia sacándote del encantamiento letal. Correrás en pijama a mi alcoba y al verme durmiendo incólume, tu alma, restaurada, se agitará convulsa, como ramas de chopos cuando en la primavera se visten de hojas, después

de haber estado afrondas el invierno. Que son mecidas por todos los vientos. ¡Oh! y yo, a tus caricias, recobraré la dinámica de los sentidos. «¿Qué haces aquí, a mi lado, a esta hora? ¿Por qué tiemblas? Tus ojos supuran lágrimas, como dos tumores de pena. Dime, padre: ¿Qué sello aciago es ese que ha grabado la noche en nuestros corazones?» Y entonces recordarás estas palabras mías pronunciadas en el paroxismo de la tragedia virtual de este ensueño, y besándome en la frente y mesándome los cabellos exclamarás: «¡Parece un eco esta escena de la postrera del ensueño! ¡Oh, Ambrosio mío, tú tenías razón, era un ensueño, un fantasma de mi cerebro congestionado mientras he hecho la digestión de

un convite que tuve anoche!» Después, muy quedo, muy quedo, casi inperceptible, proseguirás: «Pero ahora, hijo de mi alma, enmudece, no respires siquiera, que el Sol de verdad, ese que yo he representado en la pesadilla, asoma por esas montañas la mitad de su disco. Como si fuera *el gallo de Diógenes* que enseñando la cresta, desde las cumbres, tratara de profetizar con su canto el delito de la fecundación, exhortando a todos los padres a que imiten mi crimen filial. Y la abstención en lo sucesivo de generar. Ambrosio, recuéstate a la sombra de mis hojas que no te vea ese monstruo. Yo te prometo que no han de tocarte sus rayos, ni hasta en los días más helados del invierno.»

¡Abalánzate ya sobre mí que después de esta farándula sabrás lo que es amor! Después de esta escena despertarás y después irás a mi cuarto y me encontrarás incólume, vivo. ¡Te sientas otra vez! ¡Caes sobre el sofá desmayado! ¿Es que es más potente la cloaca que el calor que intenta desecarla? ¿Te apagarás agostado por los microbios de mi cieno? ¿O es que esperas que mi fango estalle en una sacudida violenta para aniquilarla? Pues si es eso, espera.

***

12 —¡Calla, Ambrosio, que me encuentro enfermo! ¡Compadécete!

—Torpe he sido en arrojar la granada al lodo y no seguir dándote su jugo. Pero todavía no se ha corrompido toda. Masca este casco: «¡Obsceno!» me has dicho. ¿Por qué soy yo obsceno? ¡Ay! al chocar con los granos de mi fruto, tus dientes los rechazan como al bocado más desagradable y apestoso. Pero advierte, padre, que si te han parecido unos dientes de ajo, la cebolla de su simiente no sería de perfumado nardo. ¿Por qué despide mal olor mi boca al hablar de mi origen? ¿Por qué los padres ocultais siempre a los hijos el por qué, para qué y cómo nos generásteis? Yo quiero saber, padre, por qué te decidiste a traerme a este mundo. ¿Qué encontrastes en él, que pudiera inspirarte el afán de mi

vida? ¿Viste acaso un barbecho feraz del bien? ¿Y de tanto observar ese barbecho y de tanto andar sobre él y de tanto como tus dedos desmenuzaron su tierra para analizarlo y cerciorarte de su bondad, caiste fatigado, cubiertas las plantas de tus pies y de tus manos de callos, ya insensible el tacto, encima de un surco, con la frente bañada de sudor y el cerebro dilatándose para chupar con dolor de abnegado el secreto genésico? ¿Cuántos sacrificios te costó el germen de mi existencia? ¿Agotaste tu pensamiento en meditar, sobre si mi vida sería una onda de dicha descrita por ti en la pacífica la Nada, al lanzar tu corazón como una piedra de sangre solidificada por un deseo sublime de alterar la quietud del lago

misterioso con un círculo perfecto de dinámica humana? Contesta, padre. Toda la sangre de tu corazón, derretida en tu cuerpo por una lumbre fatal, huye de tu ropas opacas y sube a tu rostro desnudo, denunciándote de un delito bochornoso.

¡Fuiste un asesino de mi calma infinita! Dime que no.

***

13 —¡Ambrosio! — gritó mi padre con voz ahogada.

—¡Convertiste el agua en cieno! La víbora de la Lujuria te mordió

en las entrañas y fuiste enfermo al lago de la Nada a bañarte para mitigar tu dolor. Te tendistes, después, con el cuerpo húmedo en la arena y te dejastes sobre ella la huella de tu imagen en barro. ¡Y el barro, a la sombra perpetua de tu cuerpo, se ha hecho pecina como tú! ¡Tú no eres mi padre! ¡Yo no tengo padre! ¡Estoy huérfano en el mundo! ¡Tú eres el molde de mi miseria! Tú no buscaste en mí, al engendrarme, la formación de una obra abnegada, sino el bálsamo que mitigara tus picores agudos de Lujuria. ¡Mira como se retuerce mi vida en inquietas volutas de pena, formando una humareda en el centro del páramo del Mundo, por aquella diminuta brasa que encendistes para calentarte del hielo

de la Cópula, que ni aun te entibió por un minuto la piel de tu cuerpo! ¡Y tú te extiendes como una niebla, burlado en tu afán de encender una hoguera de placer conmigo, junto al Vapor gris que me forma, semejante a un hermano egoista, generador de un aliento turbio y desdichado idéntico al que anhelabas evaporar en ti!

—¡Ambros...!—exclamó mi padre sin poder concluir de pronunciar mi nombre.

—¡Fuiste débil, sin cohesión en tu alma, como el polvo de los caminos! ¡No pudistes soportar sobre ti el paso de *Venus* sin levantarte en inmensa nube de sensualismo! ¡Fuistes, también, frustrado como la tierra de las sendas del mundo, cuando deshecha en infecta caspa se desprende eleván-

dose al tránsito de las gentes, revolucionándose a los rudos golpes de las pisadas, como anhelando seguir al pasajero sin lograr otra cosa más que empolvarle, quedando con su vano deseo removida en partículas de suelo eterno! ¡Fuiste débil, como el polvo de los caminos; fuiste también frustrado como la tierra de las sendas del mundo! ¡Te quisistes escapar del tedio de la Vida envolviendo en un nublo a la radía *Venus!* ¡Pero te quedastes en tu presidio, cubriéndole a ella sus ropas con tus incoherentes y abatidos átomos! ¡Yo soy como el polvo de los caminos! ¡Yo soy también como la tierra de las sendas del mundo, la que se pega al cuerpo de los errantes! ¡Yo soy como el polvo de los caminos! ¡Yo

soy también como la tierra de las sendas del mundo, pero no a la que se queda flotando en el éter, sino a la que se llevan consigo y sacuden de sus ropas al entrar en los pueblos los vagabundos! ¡Yo soy la polvareda que sacudió de sus vestidos la nómada *Venus!* ¡Y tú te extiendes siempre como las nieblas! ¡Y yo me yergo siempre como el humo! ¡Tú eres vil polvo! ¡Yo soy vil polvo desprendido del carril de la carne por los pies de una hechicera!

***

14 Enmudecí de súbito quedándome atento a la fisonomía de mi padre. Era sospechoso aquel silencio suyo y aquella posición de su cuerpo casi rígido y aquella mueca desencajada de su rostro.

¿Qué le pasaba?

—¡Padre!

¡Su afonía era como la de las peñas!

—¡Padre!

La palabra no aleteaba en el nido de su boca.

—¡Padre! ¡padre! ¡pero padre! —le grité dándole porrazos en un hombro.

No se estremeció.

¿Había muerto?

Seguramente, mis palabras y el aire de fuego de la estancia le sirvieron de estimulante letal.

Un aneurisma...

—¡Padre, me parece que el ensueño no ha terminado desecando el Sol a la Cloaca! «¡Como el sol somos los padres!» hace rato que delirabas. Pero no, tú no has sido como el Sol. Tú te has semejado más a la cerilla de un borracho ahogada entre las heces de una tinaja de vino.

Abri la puerta. Púseme a dar voces.

Acudió mi madre, mi hermano Julio y dos sirvientas.

—¿Por qué gritas?—me interrogó Julio, que venía por el pasillo, jadeante, corriendo.

—Pasa—le dije, indicándole que entrara a la estancia.

—¡Padre! ¡padre! ¡padre!

—¿Qué es, Julio? ¿qué es?—preguntó mi madre, asustada, al mismo tiempo que se internaba en la alcoba.

Se quedaron los dos petrificados delante del cadáver, pálidos sus rostros, con los ojos encendidos semejantes a luces crepitando sobre láminas de cera.

Permanecimos en silencio unos minutos.

Por fin, Julio, marcándosele los

huesos de las mandíbulas, exclamó trémulo:

—¡Está muerto! y has sido tú...

—¡Calla, hijo mío!—gritó mi madre estallando en sollozos.

Julio tornó a enmudecer, y como si una hoguera interior le consumiera la carne aparentaba desquebrajarse, hasta el punto que a mí me pareció oirle crujir su piel con cadencias de pergamino reseco.

Mi madre, por el contrario, le brotaba de lo más profundo de su cuerpo un manantial y se desbordaba en lágrimas.

El uno abrasándose y la otra diluyéndose, y yo frente a ellos los observaba silencioso, como a dos émulos trágicos devastadores de la propia existencia por procedimientos opuestos.

Un ruído monótono me llamó la atención. Era *Hípomenes* que, tendido en el suelo, roncaba.

SEGUNDA PARTE

1 Se ponía el sol. Delante de mí se dilataba el horizonte de levante. Un liño compacto de casuarinas y pinos canarienses se levantaba al comienzo del huerto, frente al palacio, sobre sus tejados, produciéndome la idea de un encaje de gigantes que, chorreando lágrimas al enjugar unos ojos hubiese sido oculto de repente por un temor inmenso y al cabo de siglos descubierto ya verde, saturado de moho.

Por las claraboyas del ramaje se filtraba mi vista, arrastrándose por una llanura larga, gris, con lunares de

fronda, hasta pararse en una cadena de sierras del mismo color del éter en aquella hora, pero de tono más subido, que parecía un abismo abierto entre la tierra y el cielo.

Un nublo, de blancor óseo, idéntico en su estructura a una calavera, se destacaba en el aire turquesino, al ras de una cima, grave, como el cráneo sepulto de una criatura de muerte secular.

Consideraba yo aquellos dos fantasmas ciclópeos, de remota era, frente a frente, como dos esqueletos vetustos protagonistas de una existencia triste rememorando una pasión esotérica.

* * *

2 Dieron de repente en la puerta dos golpes tenues en señal de llamada, apartando mi atención de aquellos dos fantasmas crepusculares. Después, una voz armoniosa dijo:

—¿Estás ahí, Ambrosio?

—Entra, Polonia—le contesté a mi hermana.

Pasó abriendo sin ruido y sus pies sobre las losas de mármol se posaron afónicos hasta conducirla junto a mí, dándome un beso en la frente.

Producíame extrañeza aquella visita de Polonia. No era habitual en ella concurrir asidua a mi alcoba. Lo más dos veces habíase decidido a buscarme en aquel sitio: una, el día en que enterraron a mi padre; la otra, la tarde que os describo.

Había, sin embargo, entre nosotros, un afecto correspondido, mayor al que pudiéramos sentir hacia otros seres, quizás por la similitud de su alma con la mía, tal vez también por la igualdad asombrosa de mi figura a la suya. ¡Y los dos, en la materia, cuán parecidos al padre!

No tomaba asiento. Su mano derecha, diminuta, blanca y delicada, inmóvil sobre el dorso de la mía amplia, aparentaba ser unas gotas de leche ordeñadas en una escudilla de

marfil, como alimento sigular que un hombre tísico, enfermo hasta la medula, fuera a beber.

Permanecimos pétreos algunos minutos.

—Si te molesto... me voy—dijo alterando el mutismo.

Yo incliné la cabeza al tiempo que levantaba su mano para hacer chocar mis labios con ella. Besé aquella mano febril, ígnea, que como una inyección de locura infiltraba su calor en mi sangre, enardeciéndome tanto que a mis nervios los sentí palpitar.

Sentóse en un taburete contiguo a la ventana.

El crepúsculo le daba un reflejo acorde con su figura enlutada.

—¿Qué ruido es ese?—interrogó

acechando unos golpes monótonos y férreos.—¡Ah, si es Domingo que recorta molduras en el huerto!

Quedó silenciosa, pendiente de las tijeras, que cercenaban a la santonina, a los evónibus y a las centauras de los laberínticos paseos.

Como los huevos de las águilas, Polonia, de frágil y serena, cuando era incubada por alguna contrariedad, tornábase en un ave ligera, vigorosa y feroz.

Silbaron las casuarinas y los pinos estremecidas sus ramas por una ráfaga de viento.

Mi hermana miró a los árboles cimbrearse y adoptando un gesto de disgusto dijo:

—¡Qué chillones! Sólo con que suspire una criatura junto a ellos se agitan

y braman como si los azotara un huracán.

—Son como tú.

—¡Y como tú!

—Es verdad, Polonia, yo y tú somos iguales.

* * *

3 Entre nosotros hubo una mirada mutua.

Ella, con su vista fija en mi cara, parecía, por su semejanza conmigo, en la luz mate del día agonizante, la imagen de mi ser reflejada en un manto de agua pobre y manso, bro-

tado de las paredes de una gruta.

La visión era completa.

No tenía yo delante a la figura de una hermana, sino a la mía propia, con todos mis rasgos y con los colores de la tez, de los ojos y de los cabellos.

Por un azar de la naturaleza y para que el fenómeno fuera más perfecto, un nevo púrpura que me marcaba los párpados del ojo derecho, dilatándose hasta el borde superior de la ceja, ella lo tenía del mismo tamaño y forma que yo, pero en el lado opuesto.

Así es que al contemplar a Polonia, aquella rosa ígnea quedaba enfrente de la mía reverberándola.

Como mi pelo era blondo y mis pupilas del color de la miel, al espe-

jarme en mi hermana me asaltó a la mente una idea loca, pero con tal fuerza arraigada que tuve que palpar el fantasma para cerciorarme de la realidad.

Pero lo que hacía que la falacia se congelara más, era que el estado de mi espíritu se impresionaba en su rostro como en el mío propio. ¡Y es que seguramente a ella la animaba idéntica ilusión!

Polonia, con sus cabellos alisados hacia atrás como las mujeres de las sierras, simulando a los míos al rape, en silencio, fijos sus ojos en mis ojos, que se cernían en las niñas de los de ella, exploraba en su hermano Ambrosio—que seguramente lo tomaba por su reflejo como mi hermana era para mí—la tangibilidad de

un monstruo que su cerebro histérico imaginaba ver.

Entretanto, pensaría ella, porque así también lo pensaba yo ante el mismo espectro: «Es la mancha».

Pero después, como nos quedamos ambos investigando el uno en el ojo del otro y las pupilas áureas en el centro de las marcas rojas eran la reproducción exacta de los destellos de nuestra carne hecha ascua, seguimos pensando: «¡Es una brasa!» Y comenzamos a creer, en nuestra alucinación, que un fuego interno ardía en nosotros abriéndonos brechas candentes en la cara.

Seguido, cuando adquirimos la creencia de la hoguera latente, pues hasta sentíamos en la carne el abrasor de la quemadura, nos miramos

mutuamente a la cabeza, y los cabellos rubios flameaban como llamas acostadas por el viento: «¡Ah! Sí. ¡Una fiebre ha adquirido tanta potencia que se ha hecho fuego y me consume!»

Súbitamente tropezaron las miradas en los labios. Los labios los teníamos del color de la escarlata. ¡Entonces sí que el simulacro tomó arraigo en nuestras mentes! La cara nos daba la idea de que se había convertido en una cascarilla de ceniza, en la que latían los labios y el ojo diabólico como dos brasas postreras de un incendio extinguiéndose. Y levanté una mano para palparme el rostro, seguro de que en vez de rozar con la carne viva se hundiría en el polvo.

¡No! Aquella no era mi hermana. ¡Era imposible tanta coincidencia!

Simultáneo al ademán que yo adoptaba, ella, con una exactitud de espejismo, movió su brazo y posó su mano en su cara al mismo tiempo que yo dejaba descansar mi mano en la mía. ¡Hasta con la misma postura de los dedos y con idéntico gesto!

Al rozar con la carne incólume comprendí la falacia. Pero la creencia de que Polonia era la reverberación de mi imagen no se desvanecía.

—¡Polonia! —grité para cerciorarme.

—¡Ambrosio! —chilló ella y al mismo tiempo saltó de su asiento asombrada, desapareciendo tras un portazo violento, dando grandes voces de pasmo.

—¡Polonia! ¡Polonia!

A cada llamamiento mío ella aceleraba su marcha, atronando con su carrera el pasillo, como acosada por un espectro maléfico.

«No, es mi hermana. ¡Oh! sí, estoy loco» pensé, seguro de que todo era engendrado por la demencia.

* * *

4 La luz se había ya extinguido, quedando la estancia a obscuras.

Esperaba yo que de las tinieblas brotara un algo misterioso y sentí inquietud y hasta miedo.

De fuera llegaron unos trancos de caballo y un relincho agudo.

«¿Qué pintará mi cerebro en este ambiente negro?» Y esperé unos segundos inmóvil en mi asiento, con las piernas y brazos paralizados, el corazón latiendo con premura y respirando fatigoso.

Nada tomaba forma en el éter prieto y mudo.

Me tranquilicé un poco.

De súbito me asaltó el recuerdo de mi padre.

Comencé a rememorar aquella tarde de su muerte.

—¡Ambrosio!— gritó de repente una voz casi imperceptible, amortiguada por una larga distancia.

«¿Quién me llama?» pensé poniendo el oído alerta. «Nadie. Será ilusión mía.»

Seguí con el recuerdo.

—¡Ambrosio!—la misma voz con idéntica cadencia.

«¿Otra vez? Sí. Alguien me llama.»

Esperé.

—¡Ambrosio!

La voz parecía aproximarse.

«Será Polonia. No se ha atrevido a bajar y retorna. ¡Quizá me llame presa de otra alucinación!»

—¡Ambrosio!—ya casi inmediato.

«Sí. Es Polonia. Voy a salirle al encuentro.»

Levantándome abrí la puerta. No venía ni gritaba persona por el pasillo.

—¡Ambrosio!

«Parece que es por la ventana.»

—¡Ambrosiooo!

Sonó esa vez mi nombre como si

unos labios lo hubiesen pronunciado adheridos a los cristales.

Crucé la estancia, abriendo las hojas de par en par.

¿Quién se burlaba de mí? ¡Ni una sola criatura daba señales de vida!

Con la cabeza sacada fuera a la intemperie trataba de descubrir el misterio.

Arriba, en el cielo, a las estrellas las distinguía semejantes a hojas secas de chaparra esparcidas en una llanura de cieno.

Del huerto llegaba el chasquido de un chorro de agua al caer sobre el suelo de una balsa vacía.

—¡Ambrosio!

—¡Dí quien eres!—grité satisfecho, seguro de que estaba encontrado el enigma.

—¡Ambrosio!

La voz salía del huerto.

—¡Aquí estoy! ¿Eres tú, Julio?

—¡Ambrosio! ¡Ambrosio!

—¡Dime lo que te pasa! ¿Te ha tirado el caballo?

Miré abajo, al paseo de entrada. No distinguí ni un bulto.

«No es Julio.»

—¡Ambrosio!—se agitaron unas ramas.—¡Ambrosio!—y rieron.

«¡Oh, bromean con el loco! Alguien viene ya a la puerta del hotel, ocultándose en las sombras, enterado por los sirvientes, quizás por mis mismos hermanos, de que estoy loco, a distraerse. Recuerda, padre, aquellas palabras que te dije y que te sirvieron de veneno para morir. ¡Ya tienes a tu hijo de mofa de los

hombres! ¡Ya empiezan los cobardes sus burlas! Mañana, procaces, me esperarán en la verja, a la luz del día, marchando tras de mí por el muelle y por las calles. «Ambrosio: mira a ese asno e incéndialo y haz de él un hombre», gritarán unos. «Ambrosio: mira al mar y hazle hervir a su agua hasta que la consuma y se queden los peces guisados en la arena y termine el hambre del mundo.»

Distinguí repentinamente una mancha avanzar por el paseo.

—¿Eres tú, Domingo?

—¿Quién habla? —contestó la sombra.

—Yo.

—¿Es usted, señorito Ambrosio?

—¡Ambrosio! —exclamó la voz misteriosa.

—¡Domingo! ¡Busca a ese insolente que me está molestando toda la noche!

—¿A quién?

—¡A ese que oculto en el follaje me llama!

—No le llama a usted nadie.

—¡Ambrosio!—la voz.

—¿Estás sordo?

—Es la cabra, que bala. A eso vengo: a por ella.

«¿Será, en efecto, la cabra? ¿Estarán tan trastornados mis sentidos, que el grito de un animal lo interpretan por palabras humanas? ¿O es el mismo Domingo, que sorprendido y escudado en mi demencia se ríe de mí en mi cara, osando hacerme creer que sus insultos son balidos de la cabra?»

—¡Ambrosio! ¡Ja, ja, ja!

—¡También una carcajada!

—¡Ambrosio!

—¿No sentís que es la cabra? La tengo sujeta del collar. Mírela usted.

—¡Ja, ja, ja!

Junto a una barda de heliotropo, que formaba la calle de entrada con la fachada del hotel, frente a la ventana a que yo estaba asomado, las siluetas de la cabra y de Domingo se movían confusas. Yo las miraba pensando:

«¿Será la cabra? ¿Será Domingo?»

—¡Ambrosio!

«Sí, es la cabra, aunque en mis oídos suene mi nombre.»

Una ola de viento hizo silbar a los árboles.

«¡Oh! No hay duda. También parece que los pinos y las casuarinas me nombran.»

—Me voy. Es tarde y tienen que ordeñar la cabra — dijo Domingo poniéndose en marcha.

—¡Ambrosio! ¡Ambrosio! ¡Ambrosio!

Las voces se sucedían, salidas de las sombras de ambos a medida que avanzaban, hasta que desaparecieron por una esquina.

Entretanto ellos caminaban, sin quitar la vista de sus bultos, pensé: «¡Es Domingo! ¡es la cabra! ¡sí, es la cabra! ¡no! ¡no! ¡no!»

—¡Domingo! ¡Domingo!—grité.

«Esa es la voz de Domingo. No estoy tan loco para interpretar el balido de una cabra por la palabra

de un hombre. Y además, esa es su voz: ¡la conozco bien!»

—¡Domingo! ¡Domingo!—torné a gritar, colérico, con toda la fuerza de mis pulmones.

No me contestó nadie. No se les veía ya.

«¡No, si no es Domingo! ¡Son los dos! ¡Son los árboles! ¡Son las paredes! ¡Son los muebles! ¡Me pondrán furioso entre todas las cosas que componen esta aborrecida casa! ¡Oh, no puedo vivir más aquí!»

Tomé el sombrero y salí.

* * *

5 La noche era fría y serena.

Maquinalmente, sin meditar orientación fija, salí del jardín del hotel hacia el lado del mar, que estaba muy próximo.

Las luces de la ciudad quedaban a mi espalda, brillando aisladas e inmóviles, como corazones de odio sufriendo en las negruras de una prisión perpetua.

Al rato llegué a la playa.

El mar gemía con suspiros largos y fuertes, pero entrecortados por profundos mutismos.

— ¡Braaaan!... — un minuto de silencio. — ¡Braaaan!... — así el agua, hecha caballones, como si un legón la arrancara y tirara de ella hacia tierra, gritaba.

Llegó hasta mí el olor acre de unos cocederos de esparto.

Yo caminaba bordeando la orilla.

Al cabo de un rato de marcha subí por una rampa suave y me encontré en el muelle.

Súbitamente, por la boca de una calle de fardos, e iluminado por un potente reverbero, vi aparecer a un joven cubierto su cuerpo por un gabán y en la cabeza una gorra.

—¿Hacéis el favor de darme lumbre?—me interrogó poniéndose delante de mí, bajo la luz, y mostrando un pitillo.

—No llevo lumbre.

Sin moverse, marcó con sus labios una sonrisa de «buscona»; entornó los ojos, lanzó un suspiro y con un acento quejumbroso exclamó:

—¡Qué noche tan hermosa! ¿Verdad?

«Es un pederasta», pensé, y seguí mi ruta.

De cuando en cuando me encontraba con algún hombre solitario.

Pasé junto a dos camaradas que discutían borrachos, hirmados en unas balas de paja.

Más adelante, un perro husmeaba en un pelotón de albardín.

Me crucé con una pareja de amantes. Al verme suspendieron los besos.

A mi izquierda, los barcos, negros,

salpicados de faroles, se me figuraban grandes montones de escoria tachonados por puntos brillantes de un metal áureo.

***

6 Sonaron las nueve en un reloj. A la última campanada siguió el ruído de unos pasos ligeros y resueltos que seguramente se oyeron en todo el muelle. Llegaron hasta una franja de luz, parándose en ella, dos personas. La una iba delante de la otra.

La primera era un hombre alto, flaco y excesivamente encorvado.

Iba en cuerpo con un traje claro, estrecho y corto. Llevaba un sombrero de fieltro negro con anchas alas, bajo de copa y redondo.

A mí, muy próximo á ellos, no me veían, oculto por la sombra.

Su cara era aún imberbe; de joven de unos quince años.

La segunda, una mujer de tiempo enigmático, bella de rostro, pero desfigurada por un sello de vicio y de sufrimiento. Iba destocada, con un abrigo ceniciento que le llegaba a las corvas sobre el zócalo obscuro de la falda. Miró a ambos lados y dijo melancólica:

—Hijo. Marcelino, Marcelino, ¿te has puesto loco?

El joven gritó:

—¡Yo me tiro al agua!

—Qué genio tienes. ¿Qué te he dicho yo para que te pongas de esa manera? ¡No tengo más consuelo que a ti! ¡Si viviera tu padre!—y púsose a lloriquear con falacia.

—¡Borracha!

—¡Vaya unas palabras de hijo! ¡Me tienes enterrada en vida!

—¿Pero todavía me echas a mí la culpa?—interrogó el muchacho aproximándose mucho a ella en ademán violento.

—¡Sí! Ya no te falta más que pegarme. Lo estoy viendo. ¡Cualquier día me aporrecearás!

—Esta noche puedes despedirte. ¡Te prometo que no me has de volver a ver más!

—¡No, hijo mío!

—¡Lo verás!

—Pues yo no me aparto ni un momento de ti.

—¿Tú te crees que esto hay quien lo tolere? Todos los días en la redacción, borracha, escandalizando, pidiéndome dinero. ¿De dónde voy yo a sacar el dinero? ¡Las setenta y cinco pesetas que me dán, te las entrego casi íntegras! Además, ya me han adelantado dos meses, para ver si te pueden apartar de allí, porque les dá lástima echarme.

—¡Bien te sacan el pringue! ¡Conformarte con quince duros! Si siquiera fueran veinte...

—Si no fuera por ti, que no me dejas pensar, los estaría ganando.

—¿Pero en qué te molesto? Todo es porque voy a la redacción a poner de manifiesto nuestra miseria para

estimular la caridad de aquellos señores y que te suban el sueldo.

—Tú a lo que vas a la redacción es a por perras para beber vino.

— «¡A por perras para beber vino!» ¡Como decir que voy borracha!

—¿Que no llegas todas las noches borracha? Acuérdate de la otra tarde cuando te caistes en un peldaño de la escalera, presa de un ataque de llanto y te agarró un cajista.

—Me caí, pero fué de hambre.

—Y además, madre, enseñando la miseria no es como se gana más dinero. Eso sólo sirve para que se aparten las gentes de uno. Con trabajo, con talento y con argucia, es como podemos conseguir dinero los pobres.

Estuvieron los dos varios minutos en silencio.

Dc la escollera, cercana, llegaba el bramido de las olas al estrellarse contra los peñones.

—¿Vamos a estar aquí toda la noche? Yo tengo frío—dijo la madre reanudando el diálogo.

—Tú, si quieres, vete. Nadie te detiene.

—¿Y tú qué vas a hacer aquí?

—¡Toma y anda!—dijo entregándole unas monedas.

— ¿Pero es que tienes cuartos? — interrogó contemplando el dinero.

—Ahí tienes dos reales.

—¿Y tú con cuánto te quedas?—preguntó contándolos.

—Con otros dos para cenar.

—Dame otra perra—profirió insinuante.

—¿Los quieres todos?

—No. Guárdatelos.

—¿Qué esperas?

—No te enfades, Marcelino: dame otra perra. Anda, hijito.

—¡Corre ligera!—exclamó poniéndosela en la mano.

—¡Qué hijo tan bueno! ¡Oh, qué corazón! En eso le pareces a tu padre! Algunas veces te digo cosas cuando me enrabio contigo que después me pesan — y restregóse los párpados, exhalando hipos.

—¡Si no te callas, yéndote, te los quito!

—Bueno, adiós.

Se puso en marcha con andar remiso. A medida que iba adelantan-

do aceleraba los pasos, hasta que por último hubiérase dicho que corría.

Después, el hijo, cuando ya se extinguió la figura de la madre, comenzó a caminar también despacio y por las mismas huellas.

A mí me pareció que el hijo lloraba.

* * *

7 Yo seguí andando.

De repente alguien por la espalda, agarrando mi sombrero por un ala me lo encasquetó hasta las orejas.

Sonó una carcajada, estridente y burlona.

Volvime con violencia, irritado, ciego de cólera.

Frente a mí, una mujer liada en un chal, reía y reía descarada.

Aquella audacia, aquella burla singular, agresiva, calmó mis nervios.

Con las manos en los bolsillos yo la contemplaba admirándola.

¡Y ella reía y reía descarada!

—Deja que te coloque el sombrero bien, que te ha puesto cara de tonto.

Hablaba con familiaridad de camarada íntimo.

Yo, hipnotizado, la veía llegar junto a mí.

Cuando estuvo rozando su cuerpo con el mío, soltó una carcajada po-

tente al tiempo que se ponía en cuclillas.

Estuvo de esa forma varios segundos, muy arrebujada, notándosele un bulto entre los brazos, riendo y riendo.

¿Era un fantasma de mi mente?

Se irguió, dando suspiros largos, como descansando de una fatiga.

Yo permanecía quieto, con las manos en los bolsillos, las piernas abiertas y el sombrero calado sobre la nuca, semejante a un espantajo.

—Ten, que te voy a colocar el sombrero bien — me dijo dejando caer el chal al suelo.

Me ofrecía un envoltorio.

—Si hubiera más luz aquí lo verías—continuó diciendo, sin dejar el envoltorio de sus manos;—sus ojos

sí, míralos, porque sí se les ven, porque son como los rayos de las tormentas, que resaltan más cuando la noche es más negra. ¡Los ojos de mi nene sí que son como la lumbre!

La mujer levantaba un niño, haciéndole dar piruetas en el aire.

—¿No ves como le relucen las pupilas?—me interrogó, aproximándome el rostro del niño.—No. Espera. La toquilla se los tapa.

Lloró el niño.

—Se asusta de mí—dije por fin, inconscientemente.

—No, es que tiene frío. Este no extraña a nadie. Todos los hombres del mundo, para él, son el mismo. No ha tenido tiempo de encariñarse con ninguno. Para él, todos huelen igual. Este es un aguilucho, que mira a los

hombres como a conejos cazados por su madre y que se los lleva al nido para alimentarlo. Tenlo un momento que recoja el chal, que está helado como el mármol.

Terminó de decir estas palabras dejándome en los brazos al niño. Yo lo retuve, más que por voluntad propia, por una influencia sugestiva que aquellos dos seres infiltraban en mi ánimo.

—Trae que lo tape—gritó tomándolo.

¡Aquella mujer siempre hablaba imperativamente!

Lo volvió a ocultar, apretándolo, con zalemas, contra su pecho.

Comencé a sentir ardor en la cara.

El aire glacial de la noche había

mitigado casi por completo la calentura que me impulsó a salir de casa.

Anhelé un deseo. Una pasión honda me pellizcaba los nervios.

«¿Qué es lo que quiero?» pensé. La fiebre volvió a aparecer en mí otra vez.

Mi pretensión no se manifestaba visible en mi cerebro.

El bulto oscuro de la mujer, resaltando en el éter menos negro, era para mí como para un escultor un bloque informe de piedra, al que contemplara con una inspiración caótica, indecisa, pero enloquecido por una fuerza creadora.

La concepción, empañada por un vaho turbio, se mofaba de mi afán anónimo, semejante a una máscara

insolente burlándose enigmática de un hermano.

—Vaya, yo me voy, tú no eres el hombre que yo busco.

Me volvió la espalda. Púsose a andar en dirección á la escollera.

A cada paso que ella avanzaba, sentía yo en el corazón como si una boca posada sobre él le extrajera chupetones de sangre.

Intenté alejarme en sentido opuesto. No pude. Sus pasos sonaban como esta palabra repetida: «Ven, ven, ven.»

* * *

8 Diez metros llevaría andados cuando, parándose, me interrogó insinuante:

—¿Y me vas a dejar irme así? Espérate, tonto.

Retornó al mismo sitio:

—Ya ves, es muy tarde. ¿A quién voy yo a encontrar a esta hora? ¡Los marineros están ya en los barcos! Si queda alguno por ahí, viene borracho, cayéndose y hablando en su lengua extranjera. ¡Y no dán nada! Como no sea algún bofetón. La otra noche, sí que me hicieron sufrir dos,

quitándome a mi hijo. Se lo lanzó el uno a las manos del otro, como si hubiese sido una pelota. Y se empeñaron los verdugos en tirarlo al agua. Lo menos serán ya cerca de las doce. ¿A esta hora, en invierno, dónde va una? Tú no tendrás tan malos sentimientos que dejes de darme siquiera para que tome un bocado. Por mí, no. Yo sé pasar hambre. ¡Pero éste angelito! si yo no como... ¿qué va a sacar de los pechos?

Creí que en vez de ser una prostituta callejera se trataba de una mendiga, que imploraba limosna valiéndose de aquella estratagema.

Más me hizo seguir en la misma creencia, cuando después de una breve pausa continuó diciendo:

—Tú, ya se yo que no te has de

acostar conmigo. ¡Tú hueles a señor y una es pan de pobre! No te figures, aunque me veas así, que no me dán asco las babas de los sapos del muelle. Yo he tenido tan buena cuna como la primera...

Yo comprendía que cuanto me comunicaba era falso. Lo adivinaba en su voz, en sus ademanes, en toda ella. Aparentaba ser, por su traza, alguna golfa de la playa. Hasta me pareció, por imaginarla demasiado joven, que el niño no era fruto de sus entrañas, sino tal vez un hermano.

Como si un calmante hubiese tomado, sentí que mi espíritu íbase aquietando. Mi alma, que momentos antes imitaba a una llanura sedienta bajo un cielo cubierto de nubes,

después emanaba frescura, mirando a un firmamento sin mácula en el que brillaba un lucero aparecido tras el nublado de una lluvia reciente. ¡El corazón de mi deseo latía ya en mi cerebro!

¡Oh! qué contraste resultaba más horrible, el de aquella serenidad del ánimo mío con las formidables pulsadas de la nuca, de la frente y de las sienes.

—¿Qué esperas?—me interrogó extrañándole mi silencio.

Mi objeto era retenerla. Yo anhelaba llevármela conmigo.

—Dime la verdad y te doy para que comas un año: ese niño no es tuyo.

—¡Mío! ¡de mi sangre!

—Pareces muy joven...

—Diez y ocho años no tengo todavía. ¿Pero qué importa eso? ¡Anda! y está ahí la hija del tío Salitrero, que tiene trece años y le llega la panza a la boca. Mira, quizás esta noche no se escape de parir. Mejor quedan preñadas las jóvenes que las viejas.

Me asaltó de repente un temor para mi objeto. Necesitaba prevenirme:

—¿A que estará ahí alguien... que seguramente será el padre de ese niño, escondido no muy lejos, esperándote a que le lleves dinero? ¡Puede ser que nos esté viendo!

—¡El padre de éste! ¡Estás tú bueno! No hijo, ni yo tengo macho ni éste padre. ¡Los hombres! No me faltaba a mí nada más que eso. ¡Vaya!: un tío para mi recreo ¿eh?

No, hijo, si yo me llevo algún cuidado en este mundo es no tomarle voluntad a ninguno. ¡Vé una a tantas, hechas perros, detrás de sus hombres! Lo que me dés, bien puedes estar tranquilo que es para comérmelo yo, ¡yo solita! para hacer leche y que chupe y se hinche este cachorrillo de mi sangre.

—Mientes. No me creo de tus palabras. Sin tener ilusión con un hombre no se puede ser madre.

—Tan cierto como el agua del mar es salada, es que no sé lo que es estar ciega por un hombre.

Mi afán de retenerla junto a mí se lograba. Sobre el pecho sentí el peso de una losa de alegría.

—¿Quién te fecundó?

—¡Un hombre! Pero te juro que

no sé del color que tenía el pelo. Este carnaval pasado, hizo un año. ¡Oh! sí, fué aquél. De otro no tengo sospechas. ¡De entre tantos como tropiezan con una, sólo he gozado con aquél! Y además, a la mañana siguiente caí enferma y a los dos meses hube de levantarme de la cama y, sin que me volviera a tocar otro hombre, noté que estaba preñada.

Me puse a andar disimuladamente para probar a que me siguiera, interesado en que me narrara aquella aventura.

—¿Ni lo conocías de antes ni lo volvistes a ver más? ¿eh?

*
* *

9 En efecto, junto a mí, avanzando también, prosiguió:

—¡Ni lo ví tampoco aquella noche!

Me orienté hacia la escollera.

—¿Y fué una noche de carnaval?

A mi lado caminaba remisa al compás de mis pasos.

—El domingo de Piñata... Atiende, que te lo voy a contar. Pero oye, me darás algo, que hablando, hablando, se nos está yendo toda la noche y yo no como con palabras.

—Estáte tranquila, que te daré

más que te haya dado ningún otro hombre.

—Bueno, tú no me engañarás... ¿eh? Bueno, era el domingo de Piñata, como te he dicho. Había yo estado con otra recorriendo los cafés y los bailes. Porque... oye, ya ves si soy yo franca contigo, te voy a decir la verdad. Yo no he sido señorita nunca. Antes te lo he dicho... porque tú... como pareces señorito... ya sabes lo que es el mundo. A cada uno hay que tocarle el baile de su tierra. Las mujeres de la vida necesitamos tener un arca llena de pañales para sacar el que más nos convenga y secarnos las lágrimas. ¡Cada hombre es hijo de su madre! Yo he nacido en el «barrio del Piojo». ¡Mira que si te contara cuando a mí

me perdieron! ¡Vaya una justicia la de los jueces! ¡Se me enciende la sangre! No quiero acordarme. Bueno... Pues lo que te iba diciendo. Yo estaba de pupila en casa de la «Amarillo Tres» y nos sacaron a mí y a otra, dos «cabritos». Sería cosa de las tres de la tarde del domingo de Piñata. Uno de los que nos acompañaban era mozo de cuadra de la casa de un vizconde muy rico. Se las entendía con una doncella de la servidumbre. Con el pretexto de vestirse con un amigo, consiguió de la doncella que le quitara unos trajes lujosísimos a la hija del vizconde. Con ellos íbamos nosotras disfrazadas. Yo ya estoy hecha un pendón. Pero cuando te estoy contando.... Ya ves, y eso que no hace nada

más que año y medio. Pero entonces no había yo parido que es lo que a mí me ha puesto «puril.» ¡Hombre, yo que he visto a otras que después de parir se han puesto mejor, más hermosas! Mira tú si tendría yo buen cuerpo que, poco antes de lo que te estoy contando, estuve yendo a casa de un señor que estaba haciendo unas figuras de madera. Me dejaba desnuda para hacerlas iguales a mí. Tenía yo unos pechos redondos, sobaqueros... Bueno, no es porque fuera yo, pero carnes y cuerpo tan bien hecho como el mío no es muy fácil verlos. Ahora estoy hecha una pasa, no se me tocan nada más que huesos por todas partes. Mis pechos parecen dos macocas. Tenía yo entonces unos colores que daba encan-

to. Hoy se me han puesto dos manchas pajizas en los lados de la cara... ¡Claro, se pasa tanta hambre! Si yo comiera todo lo que tengo gana... Tengo mala suerte. Cuando ya me empezaban a buscar las amas de casas de postín, me vino esto... ¡Yo ya estoy *para el guano!*

Tuvo un momento de silencio. Nos encontrábamos al borde de una escalinata que daba acceso a lo alto de la muralla de la escollera.

Escalé yo el primer peldaño...

Ella, parándose de repente, dijo:

—¿A dónde vamos? ¿Estás loco? ¡Con la noche que hace! Si fuera en el verano... en el verano sí que dá gusto pasearse por ahí encima.

—¿Te dá miedo?—le interrogué para estimularla.

—¡Miedo!—exclamó con sorna.

—¡Sube!—la animé porfiándole.

—¡Vaya un capricho!

—¡Sube!—insistí con dulzura.

—¡Ay, hijo! Tú me parece que te equivocas...

—¿Qué te sospechas?—le pregunté con asombro.

Creí que había adivinado mis intenciones.

—Que no, hijo. Por donde tú vas no es. ¡Ca!

—No entiendo...

—Mira, si lo que tú quieres es *eso*, dilo claro que me vuelva.

—¿Qué te imaginas tú... que yo quiero?

Yo ya hablaba tranquilo, pues comprendía, por su manera de expresarse, su desconocimiento de mis deseos.

—Mira, yo *trompetera* no soy. ¡Si me muriera de hambre sería lo mismo! ¡Qué asco!

—No trato de eso. Me has dicho que estuvistes yendo a casa de un hombre para que te copiara el cuerpo en un pedazo de madera.

—Sí, y es verdad. ¿Te crees que es mentira?

—No, al contrario. Lo que yo busco es hacer lo mismo.

—¡Lo mismo!—gritó burlona.

—Lo mismo, precisamente, no, pero algo parecido.

—Sí, la noche es clara y apropósito para dejarme en cueros en lo alto de la muralla. ¡Ay! tú estás como «Genaro el de los monigotes», que pinta tíos en la pared, canta una copla y rompe todas las varas

que pilla, contra ellos, porque no repiten su canto y no bailan. No te enfades, ha sido una broma—terminó, insinuante, acariciándome un hombro.

—Yo soy escritor, hago libros y, lo mismo que aquel te imitó en madera, yo quiero grabar tu alma en mi pensamiento.

—¡Ah! Bueno. Tú quieres que te cuente todas mis cosas.

—Sí. Creo que para eso no necesitamos luz ni que te desnudes.

—Aquel, me daba cada tarde un duro.

—Yo te daré más. Toma.

Le puse en la mano unas cuantas monedas.

—¿Es calderilla? ¡Ah! no. ¡Son pesetas! Las he conocido al tiento

porque raspean por los cantos. ¡Qué buen hombre se conoce que eres! Anda, sube.

Empujándome ella por la espalda, llegamos arriba.

*
* *

10 La noche habíase serenado. No se notaba ni el hálito mas tenue. Del cielo, turbio, habían desaparecido las estrellas.

Templada estaba la atmósfera.

Por entre la negrura intensa, caminábamos ciegos.

A nuestra derecha, en el fondo,

las olas deshacíanse contra los enormes peñones.

Cuando algunas veces apartaba mi atención del relato que me contaba la joven, para entregarme a meditar sobre el proyecto que me animaba, sentía, detrás del zumbido de las ondas, el hervir de la espuma, como latidos de embriones ideológicos que me revelaran el modo, la forma de... en millares de soluciones.

Pero todas mis ideas iban evaporándose ligeras, fugaces, lo mismo que las burbujas del agua marina.

¡Consumar mi deseo! ¡Cuán fácil era! ¡Cuán difícil era!

¡Cuán fácil era que la paloma blanca del Ideal se hubiese revolcado en la pecina de la Fuerza, con la intención de tintarse de negro

e imitar a un cuervo, para vencer!

¡Cuán difícil era que la paloma blanca del Ideal hubiese fundido en sus ovarios un huevo mágico para ponerlo en el nido de un cuervo y que, el calor de este huevo, ardiente como las entrañas que lo fundieron, convirtiera en paloma alba al negro cuervo que lo había de incubar; para que, después de la metamorfosis maravillosa, los dos juntos, la paloma y el cuervo ya trasmutado, volaran muy alto, muy alto, suspendiendo entre sus uñas al huevo, como a un féretro sublime guardador de un cadáver de plumaje negro!

En mi doctrina, yo no podía tocar al niño.

11 Llevábamos unos diez minutos caminando por encima de la muralla.

Frente a nosotros, la luz del fanal del puerto, brillaba solitaria.

El mar, tachonado de puntos brillantes por una ardentía maravillosa, al mirarlo, producía la ilusión, observando al mismo tiempo la carencia de estrellas en el cielo, juntamente con la negrura que tapaba a la tierra, que ascendíamos, atraídos por una fuerza suprema, por el firmamento infinito, dejando bajo nuestras

plantas al mundo sideral, como el fondo remoto de un recuerdo de luz ya en las postrimerías del olvido eterno.

Las olas, también ayudaban con su estruendo a intensificar aquella creencia, porque vibraban atroces dando la idea del batir de unas alas gigantes, haciendo creer que era un ave ciclópea que, entre su plumaje negro, nos remontaba por el éter.

Hubo un momento tan ensordecedor y de ardentía tan vivaz, que como las palabras de mi compañera quedaron afónicas por el estruendo, me sentí solo, noté en el suelo el vacío y mi alma toda quedó cristalizada en mi pecho en un prisma de asombro.

Lo liquidó ella en un alto del bramar marino, gritando:

—¡Qué escándalo! Voy sorda. ¡Qué capricho tienes de pasear por aquí! No habrás entendido nada de lo que te he dicho. ¿A que no repites lo que acabo de contarte?

* * *

12 Nos habíamos parado.

A su pregunta, quedé perplejo, mudo, sin poder responderle.

—¿Ves? Conque me parece a mí que ni siquiera has...

Vino una ola formidable que me impidió continuar oyéndola. Me obligó a interrogarle cuando tornó el mutismo:

—¿Qué has dicho?

—¡Si aquí es imposible entenderse! Te he dicho que no has oído nada de lo que te he contado.

Continuábamos quietos, suspendida la marcha. Yo, en efecto, no le podía reproducir, tal y como me la contaba, la historia de su maternidad, ni aun me era posible darle una idea de todas las escenas que me reveló. Entre la preocupación de mi objeto y el fragor marino, mi cerebro y oído habían pasado, embargados, casi ajenos a su relato. Sin embargo, dentro de mí flotaba una impresión, que aunque vaga en extremo, saturaba mi memoria de un perfume como el que se desprende de un eriazo montés vestido de matas y arbustos, que impregnan el aire de un olor colecti-

vo, pero el que lo percibe no lo puede clasificar, nada más que decir: «huele a monte.»

No, ese símil que te he expuesto no es la comparación oportuna, que refleje con exactitud, ni aun con parecido, la huella que había dejado en mí la narración de la joven.

He querido grabar sobre el limo cencido de la ribera de un río, vestigios de pisadas de buitre y, para ello, he cerrado dos de mis dedos, el índice y el del corazón y, con las falanges de enmedio, por el reverso, lo he sellado, resultando en lugar de huellas de aves, rastros de pezuñas de cabras.

No, el olfato de mi memoria no percibía tampoco el aroma colectivo de su palabra.

No, ni aun en conjunto, sin detalles, en esencia, me era posible contestarle de súbito: «Sí lo sé. El argumento es éste.» Y reproducírselo condensado.

Por eso, cuando me hizo la pregunta—porque como yo ya le había dicho que el motivo de nuestro paseo era precisamente mi afán de conocer su vida—sentí un temor inmenso en el ápice de mi ilusión.

—¿Ves como no lo sabes?

—Sí.

Y quedé suspenso, caótico, sin la idea más pálida que expresarle.

Una ola... tantas ¡tantas! como habían arrollado mi memoria mar adentro, sumergiéndola en el fondo; una ola vino conduciendo, salvadora, a mi memoria a una playa de recuerdos.

Retumbó esa ola, formidable, con un fragor salvaje, largo y recio como el frémito que exhala un bosque de casuarinas si lo azota un huracán de poniente.

«¿Ves como no lo sabes?» Sonaron esas palabras que pronunció la joven, semejantes a las amenazas coléricas de un grupo de acosadores. «Sí» vibró mi respuesta, lo mismo que el golpe dado en tierra por un vencido.

La suspensión de mi ánimo, flotó asfixiante como el polvo levantado del camino a la caida.

La ola se irguió en el ámbito, ensordecedora, igual que una frondosa zarza, germinada de improviso por una fecundidad mágica, ocultando entre su fronda a un perseguido,

Y que sus hojas y sus espinas, como provistas del don verbal de los hombres, dijeran:

«Cobíjate aquí. Por unos segundos serás protegido por nosotras. Nuestra existencia será como nuestra aparición: una sesia podría besar las flores de una miriada de nuestras primaveras. Tus enemigos, cuando nosotras desaparezcamos, se echarán sobre ti. ¿Por qué huyes de ellos? ¿Qué les has hecho? En nuestra sombra hallarás recurso para quitarle sus iras, sean del orden que sean.»

¡Oh! y yo, serenado por la protección del estruendo de aquella onda gigantesca, comencé a recordar el relato de la joven.

No podía reproducir nada más

que algunos retazos: «las dos nos quitamos las caretas para lucir los trajes...» «el barco...» «por una bocacalle...» «no nos veíamos ni los dedos de las manos...» «las olas...» «él...» «cuando desembarcamos...» «¡un olor...!» Y así, íbanse esparciendo en mi cerebro trozos sin concierto, semejantes a pedazos amorfos de huesos, que no expresaran la especie determinada de un esqueleto.

De lo más recóndito de mi ser, gritaba una voz: «¡reconstrúyelo! ¡reconstrúyelo! ¡escarba en la arena del pensamiento y saca más huesos! ¡examínalos, que podrás encontrar algún indicio que te descubra el enigma!»

Y las últimas cadencias de la ola vibraron lánguidas como el crujir serojo de la zarza agostada.

«¡Aún tienes tiempo!» me decía la voz «¡Era de la carne, de la carne! ¡de su piel, de su sangre, de su sudor!» A esas dos exclamaciones, las sentí desenterrarse de mi memoria en el instante de iniciarse el mutismo, cuando el fragor de la ola desaparecía, como a dos restos típicos de su pasión.

* * *

13 —¡Qué ola más bruta! Le ha hecho retumbar a la muralla—exclamó en el silencio que quedó después de la onda.

Y como yo me quedé callado,

armando el recuerdo, ella, cogiéndome por un brazo, a la par que me sacudía, agregó:

—¿Te has dormido?

—Pensaba en tu aventura.

—Hombre, anda, que ya no me acordaba, repítemela.

—Tú y tu amiga, al rato de ir vestidas de máscaras, os quitásteis los antifaces para lucir los trajes. Os dejásteis a los que os acompañaban y desaparecísteis por una bocacalle.

—¿Pero por qué? ¿Quién nos llamó?

—De eso no me acuerdo, la verdad.

—Anda, bueno: fué de parte de unos señores que nos habían visto y les habíamos gustado.

—Eso es, sí, y los señores os es-

peraban en la playa para que os embarcáseis con ellos. ¿Ves como sí he puesto atención? ¿Pero para qué quieres que te lo repita?—después de una pausa—¿Y fué el olor de su carne, sin saber como tenía el rostro, lo que te hizo gozar con él como con ningún otro hombre?

— ¡Sí! — exclamó exaltada — Se desprendía de su cuerpo un olor, no de sus ropas porque llevara alguna esencia, sino de su interior, del pecho, de la carne, de toda su sangre, que a mí me puso loca y me hizo derretirme con él. ¡Y qué par de tíos tan locos eran los dos! ¡También el capricho de embarcarse con la noche que hacía! No íbamos nada más que los cuatro en el barco. En la playa se quedaron dos hombres esperán-

donos. Bebí aquella noche en el mar más que he bebido en toda mi vida. Casi de todas las botellas, cuando las destapaban, salían los corchos zumbando y haciendo ruído como la gaseosa. Yo no sé lo que sería aquello. ¡Y se reían, los verdugos, de los gritos nuestros, cuando fué a hundirse el barco dos o tres veces! Luego se portaron bien. Nos dieron cincuenta duros a cada una. En mi vida he visto tanto dinero junto. ¡Y qué mala sombra tuvo aquel dinero! Estando yo en la cama, me quitó un hermano mío cuarenta duros y los perdió en el juego. Es tonto pensar en otra cosa: la que nace para gota no puede llegar a chorro. ¿Querrás creer que si yo me viera alguna vez como otras que han tenido una suer-

te, con dinero, hecha una señora, se me metería en la cabeza que iba a morirme enseguida?

Pronunció estas últimas palabras con una sinceridad infinita, salidas de las raíces de su alma.

*
*   *

14 Después de unos segundos, en los que el mar, yo y ella habíamos estado callados, tornó a hablar:

—Sabes que pesa esto. Llevo los brazos muertos. ¡Toda la noche en peso!

Se refería al niño.

—¡Si fuera solamente esta noche! —exclamé.

—De eso se ahorran las que tienen amas o niñeras. Hombre: te lo digo como lo siento: por mucho dinero que yo tuviera, no le pondría ama a mi hijo. Sus carnecitas tiene que hacerlas de leche de su madre.

Internó su cabeza entre el pañuelo y dió ruidosos besos al hijo.

—¿Y para qué quieres hacer crecer su carne?

—¡Para que sea más grande y le quepan más besos! ¡Cuando yo vea a mi nene de cuatro o cinco años!

—Habrás duplicado tu miseria. En lugar de un estómago que pase hambre, tendrás dos, y en vez de dos ojos que miren el lujo de los poderosos enfrente de tus andrajos, cua-

tro y, además, dos cuerpos que rueden condolidos por el mundo. Es como si tuvieras un cáncer en una mejilla y en la otra te saliera un grano y te esforzaras por sacar pus del primero para darle con él unturas, con el deseo de convertirlo también en cáncer.

—¡Psch! ¡Si se pensaran las cosas!

—¿Y por qué no pensarlas?

—Vaya unas ventajas que se sacan pensando. Pues si me he puesto yo algunas veces a cavilar... y si no corto... ¿Para qué? ¡Todo te lo dán hecho! Si estuviera en las manos de una el proporcionarse las cosas a su acomodo y capricho, bien que se pensara para ver la mejor manera. ¿Qué voy a sacar con pensar? ¡Nada! ¡Consumirme!

—Pero deshacer, sí se puede deshacer lo que se quiera. Si empleas el tiempo en meditar sobre la forma de que te has de valer para construir los días de tu vida o para hundirte en los hechos que forjaron tu desventura, te fatigarás inútilmente saturándote más de pena y con el cerebro enloquecido. Pero si, en cambio, trabajas, estudiando con tu mente la manera de aniquilar la desgracia, siempre te será posible descubrir una solución destructora del martirio. Si en una noche helada vas a sucumbir de frío, no podrás darle con tu cerebro a tu cuerpo la virtud de hacer surgir una lumbre que lo caliente. Pero si en un día de verano, una hoguera te abrasa la carne, podrás con tus piernas y tus bra-

zos, separar leños y soplar con tu boca para sofocarla. Y si es tan grande que es superior a tus fuerzas, arrójate a ella, te calcina, mueres, y ya no te quemas.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Que me mate? No, hijo, que a mí me gusta el mundo. Después de todo, una es a lo que se hace.

—¿Entonces, para qué te quejas?

—¿Yo? ¡yo no! Tú, que no haces más que marearme. Parece que eres sepulturero y que te dán un corretaje por cada muerto que llevas al cementerio. ¡No he visto tío más fúnebre que tú! Es verdad, se pone una de mal humor a tu lado. ¿Y dices que tú escribes libros? Le entrará a una el moquillo de leerlos. Tú se conoce que tenías novia y se te ha

muerto o te la han birlado. Vente conmigo.

Como yo me quedé silencioso y parado, prosiguió:

—¿Es que te dá vergüenza ir conmigo por la calle? ¡Si ahora no transita nada más que gente como nosotros! ¡Ah! ya: ¡si yo fuera una puta de más postín! Pues por donde ha salido otra he salido yo. Todo va en la suerte. ¡Válgame dios! Luego vais a entregarle la asadura a los pencos más alifafados. No os llevais mas que del aparato. En llevando encajes, pinturas y que el olor a perro que echan lo tapen con esencias, ya estais listos. ¡Los señoritos os comeis lo peor y más caro! Te advierto que a otros tan delicados como puedas serlo tú, los he dejado en la cama

para que les pongan ama. No porque una mujer tenga buenas carnes, ya es que vale más. Eso para los paletos. Lo que hay que tener son *cosas*. Mira, déjate de historias, vente que te voy a llegar a donde no te ha llegado ninguna.

—¿Y el niño?

—¡Este! Está enseñado como los monos de los circos. Parece mentira. Hay que ver al chiquillo. ¿Querrás creer que cuando me acuesto con alguno y lo dejo acurrucado en un extremo de la cama, no quita los ojos de mí y se ríe? ¡Es más pillo...! ¡Esto sabe más...! ¡Lo que a él se le escape!

—¿A que no sabes por qué se ríe?

—¿Por qué?

—Porque cuando se encuentra

abandonado de ti y te ve hacerle caricias a un hombre, presiente que vas a desaparecer con él y que ya no lo tocarás nunca y que morirá que es lo que desea.

—¡Tú estás loco!

—¿A que cuando lo vuelves a tomar en tus brazos, llora?

—Sí que llora casi siempre.

—¿Ves?

—¡Y lo dirás con toda tu alma!

—¿Qué te induce a creer lo contrario? ¡Por la felicidad que le espera en la vida, no será! Con criarlo ¿qué le dás?

—¡Vida hermosa!

—¿ Y tú qué sabes si para él es fea? ¿Te lo ha dicho?

—¡Como no chupa con fuerza de los pezones!

—El no mama, la carne. A él no lo has visto tú ni nadie. ¡Ni lo verás nunca!

—¿Qué estás diciendo?—interrogó extrañada.

—No te asombres. Eso que estás palpando y que nombras tu hijo, ¿qué es si no un pedazo de carne de aquél hombre, aumentado con tu sangre? Eso sí lo ves, pero a él no. ¡Ni lo quieres!

—¡Si te entiendo que me ahorquen! ¡Lo habría querido más si cuando nació lo hubiese dejado en el portal de algún palacio!

—Eso que has dicho y lo que le dás es lo mismo.

—¡Entonces matarlo!

No le contesté.

—¡Tío criminal!

15 Aquella exclamación la percibí como al grito frenético de un ave hambrienta.

¡Oh, el cuervo ennegrecía más sus plumas con el ansia de su gula!

¡Ay, la paloma agonizaba helada, confundiéndose su plumaje con la nieve del Egoismo maternal!

—¡Asesino!—tornó a exclamar.

¡El cuervo crascitaba borracho de sangre carroñosa, refrescándose la pechuga con el polvillo ampo que tapaba la llanura del desierto helado!

—Nadie te ha dicho que lo mates. ¡No me hagas tan perverso!

¡La paloma lanzó el último estertor, quedando rígida sobre la nieve!

Todo era blanco. Sólo la mancha negra del cuervo, se destacaba palpitosa. ¡Quién iba a imaginarse que por allí voló la paloma del Fuego! Sus plumas, blancas de tan candentes, estaban convertidas en copos de nieve: únicamente uno de sus ojos, el que quedó mirando al cielo, bermejo como el de las mensajeras, brillaba diminuto en el desierto infame, semejante a una simiente de lumbre.

* * *

16 —Vamos a donde tú quieras. Pero aguarda un momento—le dije apartándome de ella unos diez pasos.

—¡Sí te retiras tú para mear! ¡Sí tienes vergüenza!

Encendí una cerilla.

—¿Qué estás alumbrando?

—¡Calla!—le grité quedo, amortiguando la voz.

Torné jadeante a su vera, emocionado.

—¿Qué traes?

—No hables—proferí entre labios.

—No te puedes valer de miedo.

—No levantes la voz...

—Pero ¿qué es?

—Chist... ¿Sientes?

—¿El agua contra las piedras?

—No: son pisadas.

—Espera. Sí. Parece que andan por ahí abajo.

—Escucha.

—Sí. Han tosido.

—El caso es que si avanzamos para allá... Ten mucho cuidado de que no llore el niño.

—No, está durmiendo. Dime lo que es.

—Ahora. Espera.

—¡Cuánto misterio! Y seguramente será una tontería.

—¡A mí no me pierdes tú con tu imprudencia!—exclamé a media voz

poniéndole una de mis manos en la boca.

—¡Que me ahogas! ¿Pero qué es para tanta cosa?—interrogó casi inperceptible, una vez que le dejé la respiración libre.

—¿No has visto cuando he encendido la cerilla?

—Sí.

—Pues ha sido porque he tropezado con los pies en un bulto que me impedía seguir andando.

—¿Y qué era...? dí — preguntó vehemente.

— Un moribundo con la cara cubierta de sangre.

Hubo un momento de mutismo en el que nuestras respiraciones sonaban lo mismo que las de dos luchadores en el descanso de una riña a muerte.

El mar habíase calmado. Las olas vibraban como la tos endeble y persistente de un enfermo. El cielo todo era negro.

—¡Y a nosotros...!

—A nosotros poco nos podría importar, si lleváramos otro género de vida. Si yo y tú fuésemos ciudadanos de esos que llaman honrados, bien podíamos haber muerto a ese hombre, que aunque nos hubiesen cogido asesinándole, no habríamos corrido riesgo. Pero tú, ¡infeliz! tú eres de visco para todas las culpas. Y yo... No necesitas saber como se llama mi crédito social. Soy un árbol que aunque produzca el fruto más dulce se han obstinado los hombres en que es agrio. Así es que al encontrar junto a mí... se imaginarían

que es de mis ramas. ¡Estamos en peligro!

—¡Por ti!

—No discutamos ahora quién...

—¿Oyes?—me interrogó de súbito apretándome un brazo.

No se sentía nada. Hablaba bajo la influencia de un intenso pánico.

—Me da el corazón que van a dar con nosotros—tornó a decir.

Le temblaba el cuerpo como si se lo agitara una fiebre.

Yo, silencioso la observaba.

Murmuró unas frases ininteligibles.

—¿Qué?

—¡Me gastaba los dientes mordiéndote la cara!—murmuró, gemecando, apretando las mandíbulas.

—Sí. ¡Escandaliza...!

Dió unos vagidos el niño.

—¡Calla tú!

—No lo dejes llorar.

—Lo he puesto a que mame.

—Anda, echa delante—le dije al mismo tiempo que le empujaba.

Caminamos unos minutos, rozando nuestros cuerpos con el parapeto.

El niño gimió otra vez.

—Este nos va a hacer el negocio —musitó.

—Tápale la boca.

—Lo llevo apretado contra el pecho.

Anduvimos unos pasos más.

En el mar adentro se divisaron unas luces remotas.

Avanzamos.

—¿Qué es esto?—interrogó sobresaltada.

Era el hueco de una escalinata que bajaba al rompeolas.

Nos detuvimos, como para descansar de una carrera penosa.

—Me duele el pecho—profirió desfallecida.

Por el lado del muelle, vislumbré unos puntos de lumbre, que por la muralla se dirigían hacia nosotros. Me pareció fuego de cigarros. Esperé atento. Era, efectivamente, lo que yo me había imaginado.

—Por allí vienen unos hombres—le dije indicándole el sitio de los puntos de lumbre.

—¿Y ahora?...--preguntó aterrada.

—Baja—y la guié hacia la escalinata del rompeolas.

Descendimos unos cuantos escalones. Ella siempre delante.

—¿A dónde me llevas? El agua está ahí mismo.

—No bajes más. Cuando pasen seguiremos nuestro camino.

Lloró otra vez el niño.

—¡Te voy a coser la boca!—y lo ciñó muy fuerte contra su pecho.

Se oyeron retumbar pisadas.

—¿Quién será?

—¡Oh! ¡Cuando me vea libre!...

Transcurrieron unos cuantos minutos, y los hombres, despidiendo un resplandor tenue, silenciosos, cruzaron para la farola.

—Se van a tropezar con el cadáver.

—Seguramente vienen a por él y a ver si encuentran al asesino.

—Lo que brega éste—dijo, tocándome con el cuerpo del niño.

El agua nos salpicaba las ropas.

Allá, muy remoto, en el horizonte del mar, un claror se divisaba vago, como una gasa de polvo luminoso levantado por el caballo del alba.

El sonido de las olas parecía sus resuellos.

—¡Qué fuerza tiene este mono! ¡En qué me veo para sujetarlo!

—No nos faltaba más que saliera llorando ahora.

—Ya podemos subir para irnos. Fíjate, que amanece. Esos hombres ya están lejos. Quizá cerca del cadáver. Este es el momento de irnos.

—Espera todavía un poco.

—Ya se ha quedado éste tranquilo.

***

17 Estábamos en sendos peldaños de la escalinata. Yo en el más cercano al agua. Ella, dándome la espalda, no me veía.

La luz de la madrugada comenzaba a descubrir los objetos.

—Nene—profirió a media voz, llamando a su hijo, cuando se extinguieron los pasos de los hombres.—Nene—tornó a decir con más potencia.—Nene. ¡Está helado! ¡No se mueve! ¡Nene! ¡Mi nene no me oye! ¡Si se me pusiera malo! ¡Nene! ¡nene! —gritó alto, sin temor a que la des-

cubriesen.—¡Pero no me asustes, nene!—más fuerte.—¡Ay! ¡Mi nene está muerto! ¡Oye, mi nene está muerto! ¡Tócalo!

Gritaba loca. Se volvió hacia mí. Cuando tropezaron sus ojos con mi rostro, quedó como una idiota muda.

Sentóse sobre el escalón, frente al mar. Con los párpados abiertos, y con las órbitas quietas, se estuvo un segundo rememorando. Después rió; una espumilla le brotó a los labios.

El chal se le había caido de los hombros y le arrollaba la cintura.

Una gaviota pasó al ras del agua. En la espuma de una ola, se detuvo aleteando con la cabeza sumergida. Se remontó por el éter, perpendicular, como si la onda la hubiese despedido.

Tras un vuelo sereno, trazó dos círculos, y se caló sobre el vértice de una roca vecina a nosotros.

—¡Vas a ver de lo que soy yo capaz! ¡A tener corazón no hay quien me gane! ¡Te voy a dar gusto!—dijo por fin, en un arrebato de llanto.—¡Quédate tranquilo!

Levantóse y arrojó el cadáver a una de las balsas que formaban los peñones.

La gaviota saltó al chapuzón graznando, perdiéndose en el horizonte marino.

* * *

18 ¿Qué era aquello? ¡El cuerpo exánime del niño, flotando al compás de las ondas, se me mostraba como un espectro diabólico!

—¡Niega que es tuyo! ¡Y yo tan ignorante! ¡Ay, criminal! ¡Tío fiera! ¡Me seguías los rastros para quitármelo! Te dolía que un hijo tuyo llamara madre a una desgraciada. ¿Y cómo te has enterado? ¡Oh! sí. La misma mujer que me llamó, te lo ha dicho. Como si lo viera. Ha ido a tu casa para sacarte dinero, diciéndote: «Sepa usted que la muchacha de aque-

lla noche ha parido un hijo de usted». ¡Oh! sí, y ella misma ha sido la que te ha revelado el sitio a que yo acudo. ¡Y cómo querías que te contara todas las cosas para asegurarte de que era yo a la que buscabas! ¡Lo habías pensado bien! ¡Tú te imaginabas que yo iba a seguir con el nene en los brazos, creída de que estaba durmiendo y cuando llegáramos al muelle, perderte! ¿eh? Pero no, de todas formas, no te hubieras escapado. ¡Se conoce que la que te dió el cante se le olvidó decirte como tenía la cara el nene! ¡Sí! míralo. ¡Que tenía *eso*, tú no lo sabías! ¡Ay, si a ti te lo dicen! ¡Entonces sí que te pierdes antes de que hubiese clareado!

Ella continuaba gritando y yo

atento a la fisonomía del niño pensaba:

«No. Es que tengo las retinas impresionadas por la alucinación del crepúsculo de ayer cuando miraba a mi hermana.»

—¡Fíjate! ¡Si tuvieras alas!—con una sonrisa sardónica.—¡Si tú pudieras respirar dentro del agua! ¡Cualquiera iba a echarte mano!

Cruzó una barca velera, a gran distancia, con la lona rosada por la aurora, semejante a una mariposa gigante y muerta, con un ala izada y rígida.

—¡Fíjate en el nene!—volvió a exclamar, después de una pausa, en la que estuvo mirando a la barca.—¡Si parece que eres tú el que hay en el agua!

No mentía; aquel rostro infantil, de pocos meses, manifestaba en todos sus rasgos, una similitud inverosímil con el de Polonia y el mío.

¿Qué era aquello? Aquel lubricán me presentaba otro fantasma gemelo al del crepúsculo vespertino, postrero: con el pelo también blondo, las pupilas áureas ¡y la mancha bermeja tintándole los párpados del ojo izquierdo como a Polonia!

¡No era hijo mío! ¡Yo estaba seguro de no haber tenido ayuntamiento carnal con aquella mujer! ¿Con aquella mujer? ¡ni con ninguna otra!

—¡Es de Julio! ¡Es de Julio!—exclamé en alta voz hablándome a mí mismo.

—¿De qué Julio?—interrogó con vehemencia mirándome descarada.

—Aquel hombre llevaba bigote, ¿verdad?

—¡No! mientes, tenía la carne sola, como tú. Pero, hombre, deja. ¡Hasta con la cabeza rapada!—gritó, triunfante, quitándome el sombrero.

* * *

19 ¡Cómo expresarte la repugnancia que experimenté, cuando ella, con mi sombrero en la mano derecha y el brazo colgando, en un ademán rendido, lloraba, con la frente sobre uno de mis hombros, murmurando absorbiendo!

—¡Y el mismo olor! ¡y el mismo olor!

El tedio me petrificó y no intenté rechazarla.

Yo miraba al cadáver alejarse, pasando por entre la espuma de un balsón a otro, atraído por el oleaje sesgo.

Pensé: «No es de Julio. ¿Y de mi padre?... De mi padre, sí puede ser. ¡Oh! mi padre iba como yo. ¡Iba rásurado y con el cabello al rape! ¿Qué tiene de extraño? El y el barón, hastiados de las cocotas, me consta que babean la carne, en las plazas y sitios públicos, de las golfas vagabundas.»

Sí, más de una vez, había tenido mi padre que sofocar con dinero la violación de una niña mendiga.

Un viento levantino, salido del mar, arrastraba nieblas, engalanando

de gasas polícromas el azul del cielo.

Del piélago comenzaron a surgir barcas.

Una voz de soprano, que modulaba una copla, llegaba lánguida hasta nosotros.

Las olas eran pequeñas y apenas si hacían ruído al deshacerse entre los peñones.

*
* *

20 Ella me había asido una mano y me apretaba convulsa.

Con una sien me infiltraba por una de mis mejillas la calentura de un

ardiente deseo que, al desparramarse por mis venas, se cambiaba en un profundo desprecio a su persona.

¡Oh, cuando comenzó a introducir sus uñas entre las mías y las yemas de mis dedos, como para inyectarme toda su lujuria! ¡Si me hubiese propuesto derribar un muro de yeso a garfadas, mis nervios no habrían padecido tanto! ¡Y los dientes! los dientes se me estremecieron, dando la sensación de que eran gusanos y me roían las encías.

Cuando ella dió principio a aquel cosquilleo, yo estaba pensando con la vista atenta al cadáver. Al notarlo, mis ojos abandonaron su presa, obedeciendo a la tirantez de todos mis músculos.

Como su cabeza estaba reclinada

en un hombro mío, me mostraba el envés de una oreja. A ese sitio, precisamente, quiso el destino acudiese mi mirada a la contracción. ¡Y lamió el relieve de una verruga parda del tamaño de un garbanzo!

Excitado mi tedio por la excrecencia que campeaba sobre su piel, como un pegote de lodo, no pude contenerme y, apartándome de ella dando un paso atrás, grité:

—¡Quita!

Se dejó caer sobre el último peldaño. Como si hubiese ido a parar a una cama mullida, se arrellanó sobre la piedra, mordióse el labio inferior y empañó sus ojos con un velo singular.

¡No hablaba! ¡no lloraba! ¡no tenía expresión de pena! ¡sonreía, brotándole baba!

Aquel gesto de embriaguez estúpida ¿sería la mueca del paroxismo de una copulación mental?

—¡Levántate!

Yo ya gritaba imperativamente, dominado por un ataque furioso.

A las venas las sentía darme latigazos, como a cordeles disciplinarios.

En los párpados sentí un escozor reseco. La locura congelaba en mi mente nubes de coraje.

—¡Levántate!

Ella, muda, no me respondía, sin osar moverse. ¡Sus ojos eran todo esclerótica! De la cabeza le caían crenchas, como ramas desgajadas de un árbol abatido por un huracán.

Y aquella baba copiosa, manando por sus labios ¿sería una explosión

de savia lúbrica, al constreñirse sus fibras en el esfuerzo absorbente de mi fantasma, en el imaginativo afrodisiasmo?

¡Hasta en espectro—forjado por una hembra borracha del criminal instinto de su sexo—me horrorizaba, se me inflamaba el corazón de verme elaborando una nueva vida!

—¡Levántate, loca!

Echéme sobre su cuerpo tendido y la cogí sin freno con ambas manos por los hombros, gritándole:

—¡Levántate, loca! ¡Levántate, inconsciente!—sacudiéndola con frenesí.—¡Viciosa! ¡Viciosa! ¡Madre! ¡Madre! ¡Mira a todos los desdichados, a todos los que padecen en la tierra, qué rostros de cólera se les han puesto al oir el calificativo que aca-

bo de darte! ¡Has parido un hijo! ¡Has parido un hijo! ¡Has cuajado en tu vientre una desdicha gemela a mí! ¡Ya tienes tu culpa expiada! ¡Y te la he hecho yo expiar!

Callé de repente, dejándola libre de mis dedos crispados.

***

21 El mar era un desierto...

Su superficie vióse sesga...

¡Azul!...

¿Quién era más desierto, el mar o el cielo?

¡El mar y el cielo eran desiertos!

¿Cuál se mostraba más sesgo, el mar o el cielo?

¡El mar y el cielo estaban iguales de sesgos!

La intensidad del color azul, ¿quién la reflejaba más, el mar o el cielo?

¡Si azul era el mar, más azul era el cielo!

¡Si azul era el cielo, más azul era el mar!

¡Ni el mar era más azul que el cielo, ni el cielo más azul que el mar!

Eran tan semejantes, que parecían ser lo mismo: ¡todo agua o todo éter!

* * *

22 Yo estaba arrodillado sobre el vientre de ella. Cuando aparté mis manos de sus hombros, fuéronse solas a sus pechos.

Respiraba la mujer con violencia.

—¿Ves, como has sido tú el que lo ha muerto?—balbuceó con fatiga.

Al mismo tiempo hizo un movimiento penoso para apartar el moño de la nuca, que seguramente le molestaba.

—¡Has sido tú!—le contesté.

—¡Me has engañado!

—¡Antes quise tocarte en el cora-

zón para que lo hubieses hecho con consciencia!

—¡Cómo me lo figuraba!

—¡Te condueles! ¡Qué egoista! ¡Lloras porque ya no lo sientes llorar!

—¿Que yo tenga un hijo o ciento, a ti qué?

Quedéme mirándola mudo, y con avidez.

—¡Por mucho que finjas se te conoce la verdad!—profirió sonriéndose y burlona.

—¿A mí qué se me conoce?—le pregunté desafiador aproximando mi rostro al suyo.

—¡Sí! ¡Arrímate más! ¡Arrímate más! ¡Para que se vea el parecido no se necesita que te acerques tanto!

Estaban ya nuestras caras tan jun-

tas, que los vahos de ambos nos humedecían mutuamente el cutis.

Ella, adoptó una expresión de angustia dulce. Yo, porfiaba por abrir mis párpados y por sacar más las órbitas, con el afán de aniquilarla con la vista.

—¿Para qué lo niegas? ¡No seas así, tonto!

¡Abrí más mis párpados y quise escupir encima de ella mis órbitas!

—Cuando se tiene ilusión con un hombre, todo lo que haga está bien hecho. ¡Aunque mataras a mi padre! ¡Aunque mataras a mi madre!... ¡Haciéndolo tú, bien muertos están! ¡Anda! ¡Anda!—movía todo el cuerpo, lúbrico.—¡Anda, vidita, aprétame los pechos! ¡Hazme daño en ellos! ¡Quiero que me duelan! ¡Anda! ¡An-

da! ¡No pasa nadie! ¡Anda, no pasa nadie! ¿Te dá miedo, frenesí? ¿Te dá miedo de tener otro hijo? ¡Anda, que sabiendo yo que no quieres hijos míos, te juro que no habrá luz que le haga ver a sus ojos! ¡Anda, anda, te prometo que no me vuelves a ver más! ¡Pero ahora, anda, anda! ¡Lo hacemos enseguida! ¡Mira a todos lados, no viene nadie!...

Me dieron arrebatos de estrujarle los senos y habérselos deshecho. Pero me contuve al rememorar aquella exclamación suya: «¡Quiero que me duelan!»

—¡Anda! ¡Anda!—balbuceaba calenturienta de ansias.

Yo, con la mirada, trataba de ininfundirle pavor.

—¡No pasa nadie! ¡Muérdeme en

los labios! ¡Hazme sangre! ¡Anda! ¡Anda! ¡Lo hacemos enseguida!

¡A ella, aumentábasele la pasión y a mí, el tedio!

—Sí, pon la cara rabiosa. ¡Cuanto más feo te pongas, más me gustas!

¿Soñaba yo? ¿Cómo tanta cólera reconcentrada en mí, exaltaba tanto a su lujuria?

¡Aquello no tenía fin!...

Estaba más cuajado el hielo de sus ansias, que incandescente el ascua de mi tedio. ¡Yo, con mi fuego, anhelaba derretirle su adefagía! ¡Pero al chirrido del contacto de mi brasa y su hielo, nacían dientes en su boca insaciable!

¿Qué hacer?...

¡Aumentaba mi ardor y al contacto con su hielo más chirrido y

sus dientes más cohesión y más filo!

¿Qué hacer?...

¡Y los dientes roían frenéticos al hueso candente! ¡Y el hueso, a las dentelladas, como un pedernal al choque del acero, vomitaba más fuego!

¡Aquello no tenía fin!

¿Qué hacer?...

¡Quién vencería a quién!

* * *

23 —¡Estoy conociendo que tratas de escaparte! ¡No huyas! ¡No huyas!

¡Había adivinado mis intenciones!

—¡Por lo que más quieras, no huyas! ¡Si huyes, vas a tener que matarme en una calle!

¡Aquello no tenía fin!

¿Qué hacer?...

—¡Quién puede sujetarme a mí! ¡Todo me dá lo mismo! ¡Si corres, voy detrás de ti a todas partes! ¡No seas tonto y no me dejes así! ¡Anda! ¡Anda, vidita!

Al rostro, me vino una mueca de desprecio inefable.

—¡Toma! ¡Para que te dé más asco de mí!—gritó, salvaje, irguiéndose, enlazando sus brazos a mi cuello, al mismo tiempo que me incrustaba un beso de coraje en los labios.

¡Quién apartaba su boca de la mía! Caí de bruces sobre ella.

¡Me dominaba en fortaleza!

¡Sus músculos palpitaban atroces!

Yo quedé un segundo inmóvil, flácido, como un fardo de flema.

Ya no eran besos, sino lametones en las encías.

Ya no la animaba la pasión lujuriosa, sino la fiebre del despecho.

En vano trataba yo de apartar mi rostro del suyo, porque en todos mis movimientos me seguía.

Ya no se revolcaba su lengua en mis encías. Con sus dientes encallados en los míos, vertía dentro de mi boca saliva.

Afirmé un pie en un escalón bañado por el agua y me levanté rápido, suspendiéndola a ella, que colgaba de mi cuello. Roncaba como un potro cerril al olfatear un abrevade-

ro pestilente y turbio. Quedóse en pie, adunada su boca a la mía, sin cerar el grifo de su saliva que se desbordaba por mis labios.

¡Aquello no tenía fin!

¿Qué hacer?...

* * *

24 «¡Ya nos rendiremos y, extenuados, caeremos al agua, muertos!» pensé.

«¡Morir los dos juntos, no! ¡La Madre, quedará pegada a mi cuerpo! ¡No habrá fuerza en la naturaleza que la separe de mí! ¡Las olas nos arrumbarán unidos a las arenas de

una playa! ¡La humedad marina y el sol, nos pudrirán! ¡Y de la materia de nuestros dos cadáveres, bullirán gusanos!... ¡Oh, no, morir unidos, no, que entonces generaremos un mundo!»

Y mis manos se elevaron y mis dedos se pusieron en tensión y su garganta se quedó atrofiada, divulgándole a su espíritu la quietud infinita de la Muerte, entre mis garras.

¡Por fin!

¡Qué hacer!

* * *

25 Pude darle libertad a mi boca, a mi boca ¡ay! preñada de sangre de nuestras dos encías.

Escupí aquella bocanada roja.

¡Y mis ojos quedaron espantados al ver al esputo, grandísimo, flotar en el azul del agua, como a un feto diabólico, engendrado por su sangre y la mía!

—¡No quiero veros!—grité despidiéndola.

Se desplomó, sumergiéndose en el mar, llevándose con ella a nuestro feto.

¡Por fin!

¡Qué hacer!

26 ¡El mar seguía sesgo!

¡El cielo continuaba desierto!

¡Todo era azul!

¡Todo aparentaba ser lo mismo: todo agua o todo éter!

¡No!... en el firmamento brillaba un lucero.

¡No!... en el piélago, muy remoto albeaba la lona de una vela.

¡Se apagó el astro!...

¡El ala de la barca se borró en el desierto!

27 ¡Todo quedó Azul!

¡Todo quedó lo mismo: todo Agua o todo Éter!

Parecia aquella inmensidad tan monótona, tan acendrada, una luna de cristal, la lente infinita de una pupila Azul sin límites.

Me quedé extasiado, contemplando el lubricán virgen, que, como un telón de suprema verdad, se dilataba delante de mí.

En aquel fugaz momento, a nada ni a nadie se veía: ni a los Occisos ni al Esputo de sangre ni a persona ni cosa por doquiera.

—¡Ay!—exclamé en un momento de desahogo sublime.

Y a mi suspiro, emergió el Sol...

¿El Sol?

¡Aquello, no era el Sol! ¡El Sol es blondo, rutilante, y lo que se me aparecía, mostrábase bermejo, sanguinoso!

¡No, no era el Sol! Era que, al calor de mi aliento, el Salivajo de sangre, ya diluído en el Agua, habíase tornado a cuajar.

¡Era el Feto que yó escupí de nuestra mutua sangre!

¡Y se remontaba por la azulidad, como una ironía!

¡Y le iban creciendo pelos rubios como los de las pestañas de mi Ojo marcado!

¡No!

¡No, aquello no era el Sol!

¡Era un hijo de la Mujer y mío, que había encarnado en la figura de mi Ojo!

¡Y me miraba, triunfante, ardiendo de vida, como un Ojo de Brasa!

Y cerré los párpados, lleno de angustia, ante aquel espectro filial, en una exaltación amorosa, tan intensa, como fuerte fué mi protesta pretérita.

¡Como era intangible a mis labios, no pude darle un beso de Padre!

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00041488666